

151

CAMPOS COM SIED (Cuentos)

Gregorio  
Sánchez  
Gómez

GREGORIO  
SANCHEZ  
GOMEZ

15668

CAMPOS  
CON SED

C863

BIBLIOTECA CENTENARIO  
MUNICIPIO DE CALI



010339

CUENTOS

San Bernardino  
California

1880  
1881

Para *la Biblioteca*  
*Municipal,*  
.....  
de *Cali,* ..... atentamente.

ENVIO DE LOS EDITORES:

*Sanchez Gómez Hnos.*  
Cali, *10 Julio* de 1958

Si llegare usted a hacer algún comentario sobre este libro, le rogamos el favor de enviarnos un ejemplar de la publicación en que aparezca.

Gracias anticipadas.

**SANCHEZ GOMEZ HERMANOS**

Centenario - Calle 4ª Norte N° 1-29-G.

**CALI - Valle - Colombia - Sur América**



## OBRAS DE SANCHEZ GOMEZ

### PUBLICADAS:

LA TIERRA DESNUDA .....	Novela
LA DERROTA .....	"
ROSARIO BENAVIDES .....	"
(Laureada por la Academia Colombiana) ....	"
LA CASA DE LOS DEL PINO .....	"
LA VIRGEN POBRE .....	"
LA AMAZONA DE CAÑAS .....	"
EL GAVILAN .....	"
CASADA... Y SIN MARIDO .....	"
VIDA DE UN MUERTO .....	"
EL BURGO DE DON SEBASTIAN .....	"
LA BRUJA DE LAS MIÑAS .....	"
MAGOLA .....	"
CAMPOS CON SED .....	Cuentos
EL HOMBRE EN LA HAMACA .....	Filosofía
SOCIOLOGIA POLITICA COLOMBIANA ....	Sociología
FEMINA .....	"
PROBLEMAS SOCIALES DE COLOMBIA ....	"
LOS IMPUESTOS EN COLOMBIA .....	Economía
EL AHORRO .....	"

### PARA PUBLICAR:

NOVELAS CORTAS .....	Novela
LA JOVEN ENDEMONIADA .....	Cuentos
OBRAS ESCENICAS .....	Teatro
VISTAS DE COLORES .....	Poesía

## CUENTOS DE SANCHEZ GOMEZ

### LA JOVEN ENDEMONIADA.

LA DIVINA PROVIDENCIA  
EL VIAJERO Y LA NIÑA  
EL ULTIMO VIAJE DE NOEL  
EL HOMBRE QUE ESTABA PARADO  
EN UNA ESQUINA  
EL HOMBRE QUE GOLPEO A SU MADRE  
VAGABUNDOS  
GUTIERRITOS  
ULTIMA INSTANCIA  
CANDIDO VEGA, EL HERRADOR  
EUTANASIA  
CLEPTOMANIA  
NOCHE DE ANGUSTIA  
MI CARRERA ORATORIA  
EL FANTASMA

---

### CAMPOS CON SED.

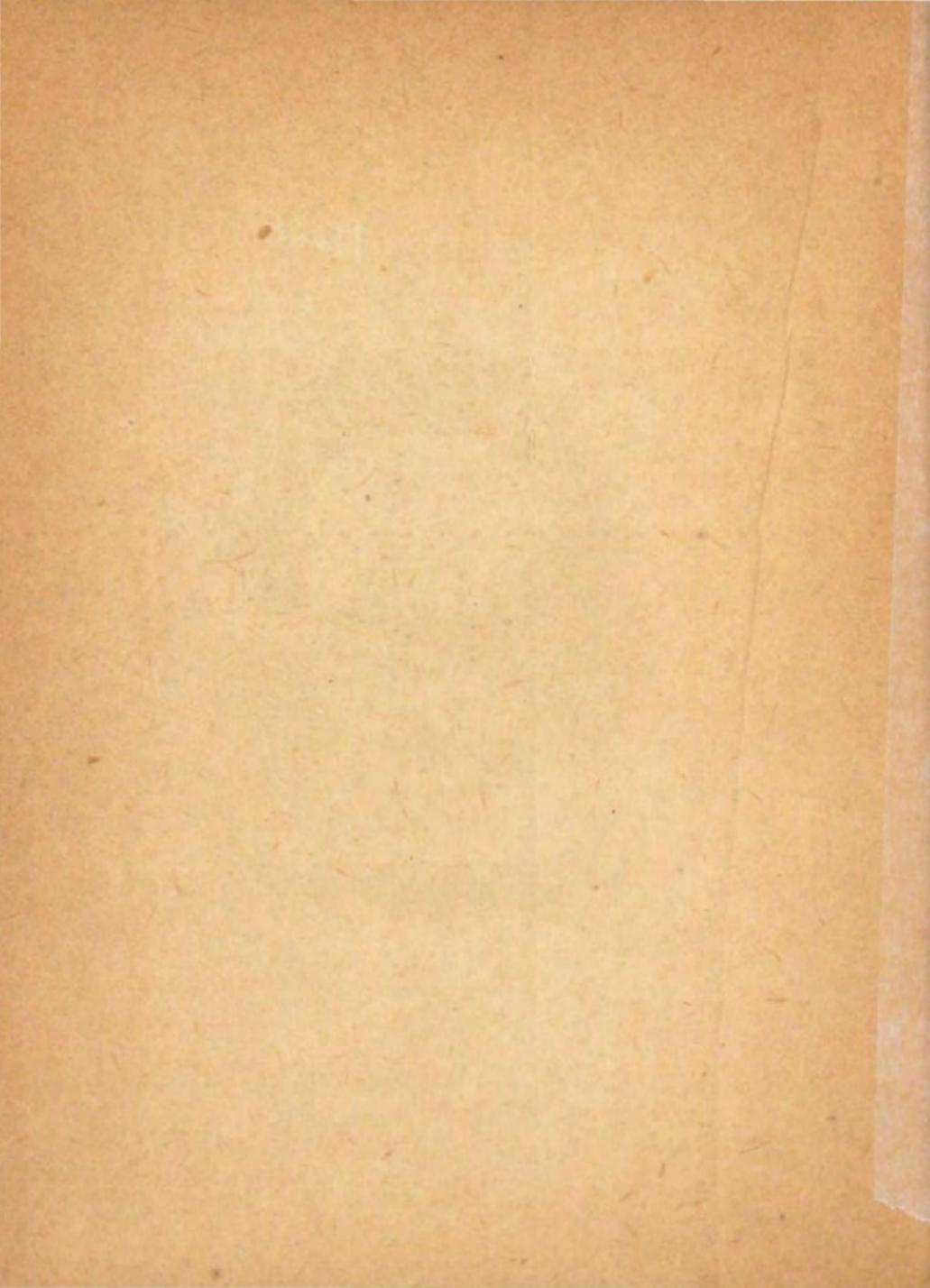
HIJO DE BEBEDOR  
EL RETRATO DE LA OTRA  
EL PUENTE  
EL GENERAL  
INTRUSO  
GUAPEZA  
DESTINO  
VENGANZA  
GRATIFICACION  
MEDIO-POLLITO  
EL NEGRO PORRONGO  
EL INSPECTOR ORDUZ  
HISTORIA DE GATOS  
CUENTO ABSURDO

MUNICIPIO  
SANTIAGO DE CALI

Código 2-16-53032

Ni. 15668





GREGORIO  
SANCHEZ  
GOMEZ



CAMPOS  
CON SED

CUENTOS

Propiedad de

SANCHEZ GOMEZ HERMANOS

**Derechos reservados  
conforme a la Ley.**

**Editores:**

**SANCHEZ GOMEZ HERMANOS**

**Centenario — Calle 4ª Norte. N° 1-29-G.  
CALI — Valle — COLOMBIA — Sur América.**

## CAMPOS CON SED

En medio de la vasta llanada, que limita un horizonte lejano y confuso de cordilleras, se alza, como imprevisto accidente del suelo, la finca de José Nicolás. Un cielo de relampagueante color azul la cubre a desmesurada altura, y por lo bajo, a sus pies, extendida y sin bordes, la oscura alfombra de la tierra se pierde en la distancia como olvidada de sí misma. ¡Y qué aire transparente y sutil el que la envuelve a modo de gasa imponderable y ardiente, dejándola tal vez más desnuda y agravando el relieve de sus contornos! Viéndolo bien, y entre aquella especie de pequeño desierto, o de pequeña y grande soledad, porque el paraje es ralo y de precaria vegetación, la finca de José Nicolás viene a ser como un milagro del hombre, y hasta da la impresión de que es allí una cosa pasajera, terca y absurda,alzada contra la propia naturaleza hostil y sus leyes inalterables. Al centro, con ínfulas de presidir, está el amplio rancho, sustentado por retorcidos estacones, alinderado por gruesas paredes de bahareque, coronado por su techumbre de pajas y palmas que la temperie y el agrio fuego celeste obscurecieron y tostaron. Todo él se parece a la tierra, a la que se agarra desesperadamente, con miedo acaso de perder, o de que lo rechace de pronto, tan áspera es su apariencia y tan sordo y enemigo se muestra su se-

no apretado y avaro. ¿Cómo pudo el hombre, cómo pudo José Nicolás asentar sus plantas allí, y levantar ese cobijo, realizando la obra de taumaturgo, si no fue porque le sirvió de piqueta tan obstinada voluntad y tan tozudo empeño, y acaso también la necesidad, mujer sin rubores que anda por dondequiera, toda vestida de estameña?

El hecho campante es que la chagra está donde está, anclada en el inmóvil mar de la llanada estéril, circundada por su ancho cinturón de sementeras inverosímiles, amueblada como pobre en fiesta con algunos árboles frutales de arraigo y crecimiento mágico, y hasta enternecida por el verdor relativo de una dehesa, lo bastante para que apacienten su ilusión unas pocas reses de hermosura problemática. A espaldas de la primitiva casona, como colonia o dependencia de la cocina, y donde el terreno se parte, mitad corral y mitad chiquero, una tribu de volátiles desgrana cloqueos y mazorcas imaginarias bajo la dictadura de un gallo, mientras que en su polvosa jurisdicción tres o cuatro cerdos gruñen y se revuelcan. Si se entra en la vivienda se verá, finalmente, que hay allí tanta abundancia como para que nada pueda sobrar, y tanta escasez como para que no pueda faltar nada.

Con la peluda y áspera mano morena puesta sobre la frente, donde se arremolinan los pensamientos confusos, unas ideas informes que salen a la superficie en forma de profundas arrugas, José Nicolás otea, tal un cóndor desde su atalaya de rocas, el reverberan-

te horizonte. La candelada del sol de ese meridiano casi que está a punto de sacarle chispas al paisaje, como si se juntaran cabalmente el eslabón y la piedra. Tan viva y tan hiriente es la luz que la mano visera, con ser tan quemada la piel de José Nicolás, le pinta una densa sombra en el rostro. El hombre sondea, escruta, alanza con su mirada zahorí esa otra noche que es la lejanía, porque en ella la distancia se confunde con la tiniebla que anula el poder de la pupila. En su torno, como carrusel de sonidos, giran las voces diurnas del campo: el acerado grito de la chicharra que se ahita de sol, la soñolienta y cansina queja del precario ganado, el ruido indefinible de las hojas y hierbas que crepitan y saltan como diminutas criaturas en una hoguera. Pero también para los ojos tiene esa naturaleza ardorosa, que el resistero enciende y calcina, los acentos perturbadores que se alzan en la vibración misma de la canícula, tergiversando por momentos la visión de las cosas, enervando y adormeciendo los sentidos y creando brillantes fantasmagorías que llegan hasta confundirse con la alucinación y el ensueño. No parece, empero, que sobre la equilibrada mente de José Nicolás, nutrida y amamantada en la realidad, obren en ese momento otras preocupaciones que las que suelen corresponder a la meteorología campera, sabia, rutinaria y empírica, y aquilatada en zumos de larga experiencia. Bajando por fin la mano, lo que permite ahora apreciar mejor su vaga semejanza con una raíz llena de savia, pónese a menear la atezada testa, rica en recios perfiles. No le satisface nada, en verdad, el

aspecto de esa lejanía tan nítida y llena de mutismo, ni la quieta y caliente atmósfera que parece estrechar la tierra en una cópula asfixiante que quién sabe cuánto durará. Su ciencia rural le dice que no hay buenos síntomas de lo que tanto espera su deseo, y este pensamiento y tal convicción llénalo de inquietud cavilosa y de vagos y atosigantes presentimientos.

—No, no hay esperanza de agua —murmura entre dientes José Nicolás, tal y como si pronunciara una sentencia contra sí propio.

Y se queda pensando más. Aquella palabra, cuya sola modulación musical tiene la virtud de producirle cierta frescura grata en el paladar, y también en el alma, le sugiere muchas imágenes. ¡Agua, sí, agua! ¿Quién podría saber mejor que él, veterano del agro duro, hechura de las agrestes fuerzas, lo que significa esa cosa inestable y clara como las verdades elementales, que cabe en un puño y que puede colmar una extensión tan grande como la que pisan sus pies y abarcan sus ojos? ¿Que tiene la contradictoria virtud de dar la vida o la muerte, puesto que una buchada le salvaría a un sediento, con la misma indiferente eficacia con que pudiese ahogarlo, lo que viene a ser como una forma de estrangulación interior? Para José Nicolás la idea del agua se le presenta al magín de modo tan gráfico, es algo tan vivo y de tan acentuado relieve, que ello le basta y le sobra para comprender y explicarse satisfactoriamente todo el profundo sentido que encierra, y la vinculación casi religiosa que ella

tiene con su persona y con su misma existencia. Y si se toma en cuenta que él es hijo y criatura del paisaje que lo rodea y envuelve, sobra afirmar también que aquella cosa maravillosa y huidiza es para él, como para ningún otro sér humano, parte integrante de su propio vivir.

De pronto, desde el apisonado patio en que está, delante del corredor del rancho, que asombra el saliente socarrén sostenido por vigas, vuélvese en dirección de la dehesa para gritar con voz abocinada:

—Eh, Cuncioo, Cunciooo.

Del pastal raquíico y macilento llega casi en seguida la respuesta del mozo.

—Ya voy, padre, ya vooy.

Cuncio es el arbusto joven, abonado con viento y faena fuerte; trasunto fiel de la estirpe de su progenitor, que la lucha contra la naturaleza y el destino mismo amasaron. Igual que José Nicolás, se pára afincándose bién sobre el terreno, cual si se sembrara a sí propio. La gleba lo lactó con sus ácidos pechos vivificantes, y es de suponer que cuando acabe la jornada mortal se reclinará sobre ella, como si recobrará su posición natural. Los ojos, achicados un poco, o contraídos por la crudeza de la luz, tienen ahora vago resplandor de zozobra, algo como una remota e indecisa angustia que quiere a la vez salir y ocultarse. Debe de ser que el aguilucho, o el cachorro, co-

mienza a sentir los mismos cavilares del padre. Siguiendo sus pensamientos, y con su afán entre ceja y ceja, José Nicolás torna a decir, ya para que le escuche su hijo:

—Estaba echándole cabeza a esto del agua, Cuncio.

—Sí, padre; en las mismas estoy. Ya va bien largo el veranita.

—Como que no háy anuncio de nada. Ni cerca ni lejos. Si sigue así la cosa, y el terrón empezando a bostezar . . .

El finquero prende en fuego de yesca un cigarro lavado, baratísimo, confeccionado por su propia mujer con hoja mercada a un contrabandista, y añade como una digresión:

—Ya estoy sintiendo en la boca la sequía. Con este tabaquito me la refresco.

—Padre —habla Cuncio luégo—, ¿ha visto que casi no hay pasto ya? La yerba se está poniendo como viruta, y el ganadito se enflaca a la vista. ¿Qué será lo que vamos a hacer?

Por la labrada frente de José Nicolás cruza una pasajera nube de cielo cargado. Sus agudos dientes muerden nerviosamente la punta del cigarro, y antes de decir nada escupe saliva y briznas, todo revuelto y negro. Y es que las palabras del mozo le han puesto

de improviso la realidad de presente, como si no la supiera ya, o acabara de conocerla.

—Eso es —dice sordamente—; ¿qué será lo que se hace, pues, si esto no depende del hombre?

—También —torna a hablar Cuncio— se perderá el maizal si no llega la lluvia. Tan bueno que venía espigando ya, y hay qué verlo ahora que no más parece que se quisiera volver al suelo de donde nació con tantos trabajos.

—Váyase, Cuncio —exclama José Nicolás tras de breve silencio, y como si no quisiera oír más aquel inventario de malos presagios—; váyase al ojo de agua, y se trae unas calabazadas, que ya el tinajón de la cocina se quedó sin gota de líquido.

Extraña y ambulante balanza, Cuncio camina a poco hacia el pedregoso paraje donde, a la sombra mezquina de algunas cañas, y entre las obscuras grietas de enorme pedruzco calcinado, surge, cual milagro de Dios, una fuentequilla; una paja de agua, un hilo mejor, pero cristalina y tan fresca como acabada de amanecer. Sobre su hombro oscila, al andar, la vara curvada en cuyos extremos, adelante y atrás, penden sendos calabazos de mate. El ojito de agua no queda muy lejos, si se piensa que es cosa de la llanada, donde todo es cercano y distante, y es allí donde está el tesoro, la vena de vida que alimenta sin usura pero sin prodigalidad la sed de esa gente y de esos campos.

Entre tanto, José Nicolás, que se ha ido a sentar sobre un banco rústico, a la sombra propicia del alero, fuma y cavila sobre su pequeño y arduo problema. En tales pensares se halla cuando aparece su mujer, saliendo de la cerrada alcoba, con el aviejado rostro esculpido de pena. No es vieja aún, pero los trabajos la cincelaron con sus herramientas de dolor, dejándola igual que escultura viva y patética. En sus ojos buenos y humildes bogan, como esquifes en el atardecer, los cisnes cansados de la resignación. José Nicolás y ella han ido por la vida tan unidos y tan acordados, que solamente dos paralelas rectas y angostas darían idea cabal de su ayuntamiento. Todo los compenetró en su obscura odisea de labriegos: el recuerdo, los padecimientos comunes, la lucha, sus esperanzas de pobres, sus escasas alegrías y sus limitados sueños.

—Lucha no tiene mejoría —suspira la mujer con doliente voz—. La fiebre no le quiere bajar, y no me han valido ni los pañitos de vinagre. Hoy no ha hecho sino quejarse de sed, y pedir agua.

Pero José Nicolás no contesta al punto; tanto que su mujer tiene tiempo bastante para sentarse a su vez, y mirar largamente el horizonte traslúcido y ofuscante. Por fin, como sacudido súbito, exclama despacio:

—En esto también ha de andar metida la mano del verano, Minga. La verdad es que parece que todo tuviera fiebre ahora, hace días. La tierra, los animales, el sembrado, nosotros. . .

—¿Le dijo a Cuncio, José, que fuera a traer un viajecito?

—Sí. Creo que no ha de tardar. No hace mucho salió con las vasijas.

Dicho lo cual, marido y mujer se hunden en el pozo de su comfortable mutismo. El silencio, como la soledad, númenes propicios del agro, deben de causar evidente alivio a los ánimos conturbados de las gentes del campo. Tal vez hay en ellos, silencio y soledad, cierta misteriosa semilla de ensueño. Como por abiertos postigos, por allí se evaden los torcedores y las sencillas penas de tantos que viven en la humildad de la naturaleza desnuda. Así, abstraídos, mirando a ratos hacia dentro, a ratos hacia fuera de ellos mismos, José Nicolás y Dominga permanecen por largo rato. Hasta que los saca del pozo la voz de Cuncio que regresa.

—Ah, —dice la mujer con gozo pueril—, ya está aquí Cuncio con el agua.

Pero no es sino el mozo el que viene. Nada más que él. Un sudor eruptivo, menudo aljófara caliente que le empapa la soflamada faz, se junta a su acesar de fatiga que casi le escamotea la voz.

—Padre, madre —agrega viendo que allí está Dominga también—: el ojo de agua se secó. No queda ni un sorbo.

Escuchan aquella noticia como si estuvieran ausentes; ¿o es que no comprenden por el momento su significación tremenda; o piensan acaso que es en su propio sueño y marasmo que las oyen, con sonido irreal, con valor de cosa de pesadilla, las escalofriantes palabras? Lo cierto es que Cuncio ha de quedarse transitoriamente perplejo, sorprendido por la aparente indiferencia con que reciben el anuncio. Exonerándose de la vara y sus calabazos, va a llevar todo a su sitio en la cocina y vuelve en seguida para ver si José Nicolás y Dominga se encuentran ya en capacidad de atender.

—Le decía, padre, y madre . . .

—Sí, pues; que nos quedamos sin líquido —responde José Nicolás con calma sombría y tono de que fuese la fatalidad, y no él, quien habla por su boca. Tono en que talvez se acaba de fundir la amargura que todavía propugna esconderse, porque es ley de la hombría ocultar la queja del dolor y el conato cobarde que quiere tiranizar el ánimo—. Ahora, Cuncio, si es que no está muy estropeado . . .

—¿Qué manda, padre?

—Habrà que ir hasta el caserío, sobre el humo como dicen. Ensille el raquecito, amarre los odres a la montura, y métase esta llanada de un solo trago. Todos podríamos esperar aún; pero piense que para la pobre Lucha la cosa es bien distinta.

—El caserío está lejos, padre. En ir y volver siempre han de pasar horas.

—No serán tántas, Cuncio, como las de la espera.

Y hé aquí que el mozo se pone a aparejar febrilmente el ruín caballo, para cabalgar en seguida sobre sus flacos lomos y partir con carrera de viento. Por algunos minutos el finquero y su compañera oyen el ruido raudo de su galopar sobre el llano. Después, nada; silencio. Apenas el estribillo agudo de los grillos que perforan el aire como taladros; el mugir quejumbroso de alguna res que, hambrienta y sedienta, mira ya el paisaje tergiversado; el indefinible rumor de la tierra cuyas últimas hierbas se enroscan como cucuruchos y parecen gemir bajo la garra cruel de la solana inclemente.

No ha transcurrido, empero, una hora cuando de nuevo se ve aparecer a Cuncio, no jinete como se fue, sino trayendo por las bridas al raque. La mísera bestia apenas puede tenerse sobre sus remos temblorosos. Enjabonadura de espuma hácele albear el bello violeta, súbenle y bájanle los ijares, y es todo su cuerpo un espasmo constante.

—Padre —jadea el mozo—, el raque se chajueó. Tuve que volverme.

Esto explicado, el infortunado Cuncio, sin esperar razones, se va a seguir la lidia de la dehesa. De adentro, como del corazón mismo del rancho, viene, con monótono són de ritornelo quejumbroso,

la voz débil de Lucila que se revuelve entre los tentáculos abrasadores de la fiebre. Su tenue lamentar tiene resonancia lancinante. Y José Nicolás, que se ha quedado inmóvil, de pie, semejante al árbol que arraigó de improviso, siente que tales gemidos se le hunden por la carne y el ánima como multitud de púas en un acerico.

La noche, cálida y sin brisa, horno caliente aún pero donde se apagó la candela dejándolo en tinieblas, no puede ofrecer mayor alivio a hombres ni a bestias. El silencio tampoco puede calmar la creciente angustia. Entre las sombras, que todo lo devoraron, se adivina, se intuye, el padecer insomne de cuanto vive. Porque el sueño mismo parece que huyera de las pupilas. Y si abajo la vida semeja oscilar entre abismos y presagios de muerte, callados e indiferentes presagios que surcan el campo a manera de fantasmas, arriba el llanto de las estrellas se desgrana tan alto, tan alto, que su piedad no alcanza siquiera a humedecer los quietos penachos de las lejanas palmeras.

Amaneciendo, Cuncio ha salido en peregrinación heroica, en busca del agua. ¡Quién sabe cuánto tardará en el pequeño y largo viaje! Está tan distante el caserío, para llegar a pie, y son tan aleatorias las esperanzas de encontrar lo que tanto ansían por aquellos áridos campos. Entre tanto, la finca entera languidece y perece. Mientras Dominga, pegada al camastro de Lucila, trata de apaciguar su delirio y calmar su sed con engañosos recursos: zumos de algunos limones que

quedaron, paños empapados en vinagre, José Nicolás ha vuelto a tender su mirada fatalizada sobre el desolado paisaje y el mudo horizonte. La garra del verano parece que apretara cada vez más la garganta reseca de la tierra. Un fuego implacable, blanco y violento, consume las postreras hierbas, deja en cueros los haraposos arbustos, abre con sus cuchillas cortantes largas hendiduras en el terreno. Y a José Nicolás se le ocurre pensar que esas hendiduras son como bocas en acecho, bocas de la misma tierra, y que sus sitibundos labios tienen un livor y una mueca trágicos, muy parecidos a los de la persona que agoniza. Las espigas del maizal se doblaron ya, como anticipados bagazos, malogradas por la canícula, disecadas por el sol que les chupó todo su jugo. En chiquero y corral, los animales se atiborran de polvo, asfixiándose. Algunas reses, osamentas y pieles que anima todavía la vida obstinada, van por el campo como sonámbulas. La sed las desespera, y a veces emprenden carreras súbitas y locas, cual si las atacasen males desconocidos y terribles. José Nicolás no recuerda haber visto jamás un verano igual; su memoria no le trae imagen alguna que se le parezca a esa naturaleza atormentada, que se retuerce, y que de pronto, cuando llegue al grado de su paroxismo, puede acaso ponerse a gritar su honda e infinita tortura, lo mismo que si tuviera voz humana. No, no recuerda haber presenciado nada semejante en toda su vida de labriego. La tierra fue para él, ciertamente, áspera y huraña, e incluso le dio no pocas bro-

mas desagradables, en contubernio con otros elementos. Pero como ahora...

A pesar de sus cavileos, José Nicolás comienza a sentir también la sensación suplicante de la sed. Una fatiga ardua comenzó hace rato a perturbarle el sosiego físico, y fue creciendo, creciendo, como si en el cuerpo le prendiera una llama. La última vez que entró en la alcoba, para ver a Lucila, ésta se movía sin descanso, con las mantas tiradas a un lado del camastro, y presa de la fiebre tenaz. Hablaba sin sentido. A su vera, casi desvanecida, Dominga cerraba los párpados y respiraba trabajosamente. No pudo presenciar más aquello, y volvió a salir. Ya no había sombra ni reposo, afuera ni adentro. El sol se había metido también en el rancho, con sus antorchas incendiarias, para espantar de allí, del más escondido rincón, toda penumbra rezagada, todo saldo de frescura.

Cuncio no ha de tardar —pensó—. Quizás, Dios mediante, regrese con la panacea de sus penas, con la bebida milagrosa, antes de lo que calcularon. Pero arrima la noche, y el mozo no asoma por parte alguna. Ni una mancha en el horizonte. Ni siquiera el agorero grito de un ave. A José Nicolás se le va haciendo ahora, que el cielo arde también con una llama azul, crepitante, y cuando vuelve a obscurecer tiene la impresión de que su cúpula se carbonizó, no extrañándole, por lo tanto, si en vez de la imposible y fantástica lluvia rumorosa se desplomara sobre el paisaje triste un llanto de cenizas. Para su garganta exas-

perada y amarga, para su pobre boca sin saliva, ya no tiene virtud ni la hoja del tabaco. ¡Qué horrible sabor le encuentra ahora a aquellos cigarrros pordioseros!

Apoyado sobre los travesaños de guadua de la cerca del chiquero, callado y concentrado, aspira entre la obscuridad el caliente vaho que sube hasta él, como emanación telúrica. La naturaleza tiene un singular olor de rescoldo. Pero el efluvio ardiente le quemaba los pulmones. En vano dilata las alillas de la nariz, tratando de absorber un poco de frescura, o de imposible humedad, entre ese ambiente de horno. Aguzando el oído para atender, cree percibir una marea tenue, sutil, acompasada, dolorosa talvez, y comprende que es el propio suelo que palpita. La tierra que resuella por sus poros abiertos y lacerados. Pero el ganado está inmóvil, letárgico, acaso muerto ya; y los cerdos, y la población del corral, se han quedado tan quietos como si los tomara un sopor definitivo. Qué impresionante silencio, que no turban ya los gritos del buen tiempo: los de los sapos roncós, los de los grillos desvelados, los de las lechuzas y los pájaros que cantan y se aman en la noche! Hasta las candelillas, serenos de caprichoso itinerario, se fueron con sus farolitos quién sabe a dónde, espantadas de aquella hornaza inmisericorde. Al finquero lo sacude de repente un grito breve, penetrante, que horada la noche.

—¡José!

Es la voz angustiada de Dominga, que llama desde la alcoba. Sin apresurarse, porque comprende que todo afán es inútil, entra para saber de qué se trata. Para comprobarlo, mejor dicho, puesto que lo presume.

—Vea, Lucha está boqueando —le dice su mujer con la faz alterada y la voz casi mojada en lágrimas.

Mimetizada el alma bajo su máscara impasible y estoica, José Nicolás se queda contemplando a Lucila. La mira de hito en hito, sin que las líneas rígidas de su rostro se alteren, sin que nada en su cuerpo se conmueva aparentemente. A la luz de una vela que alumbra parcamente una imagen tosca sobre la repisa prendida en la pared, el semblante de la muchacha ofrece aspecto impresionante. El finquero observa con cierto temor supersticioso, que su piel seca y enrojecida adquiere por momentos el matiz de las cosas que se maduran temprano. Los ojos giran en sus cuencas con loco bailoteo. Y lo peor, lo peor: ese desasosiego mortal que no le permite permanecer quieta un instante, ese vaivén de resaca de la cabecita doliente, ese compás pertinaz del pecho que parece que se fuera a romper lo mismo que frágil caja de cristal golpeada duramente. . .

Por entre los labios, que no puede juntar ya, que extraño calambre semeja haber entumecido, le asoma a Lucila el parco extremo de la lengua. Muy poco, pero lo suficiente para sospechar que busca los

labios para darles la pobre ilusión de una limosna de humedad. Bruscamente, y entre un temblor convulso, que hace incorporarse espantada a Dominga, Lucila gime cual un náufrago:

—¡Agua, madre, agua; me muero!

Entonces José Nicolás, zarandeado lo mismo que el árbol por la borrasca, sale apresuradamente del cuarto. Afuera, con la noche que crece, el luar se ha aclarado con tenue diafanidad que permite distinguir los objetos confusamente. En el cielo, de un azul más profundo y denso, incontables estrellas miran hacia la tierra con sus pupilas frías de mujeres indiferentes. Qué grande es el silencio en esa hora, cuán grávida la soledad, y que abrumadores lo son para el hombre, para la criatura indefensa y entregada a sus propias fuerzas, como lo es ahora justamente José Nicolás! Su aguda mirada flecha el horizonte, interpeleándolo con ansia indecisa. Y el horizonte es la distancia, la lejanía; las cordilleras remotas que se perfilan con rara nitidez de masas de sombras; la llanada cuyos límites no se columbran sino con la imaginación. Llano, llanada, llanura; miniatura de gran desierto; cosa tendida y plana, para caminar y acaso no llegar nunca; alivio y castigo a la vez para las plantas y las miradas del hombre. Entre la obscuridad traslúcida, entre la tiniebla de extraña transparencia, cálida, enervante y enigmática, José Nicolás piensa brevemente su decisión. ¿A dónde va ahora, como el dardo disparado al azar? No tiene más que una brújula:

su obsesión; ni otro impulso capaz de orientarlo que su instinto. El grito y la expresión sobrehumanos de Lucila se le clavaron en el corazón bravío, y allí están vibrando estremecidos aún con el temblor de la saeta que, hundida en la presa, continúa flameando largo rato. Siente que la sed de Lucila ha aumentado la suya propia, que lo suplicia igual, y por eso comprende y sufre mejor. Agua, sí, agua! Irá por ella, caminará sin contar los pasos, hasta cerca, hasta lejos, con los ávidos ojos delante de los pies premiosos, con el afanoso sueño delante de los hambrientos ojos. Hasta el final del mundo acaso.

Asaltado por súbito ardor, echa a andar de prisa por la llanada. Camina, camina, camina. Y mientras avanza, su vista y su oído son antenas tendidas hacia el paisaje sombrío, hacia los rumores nocturnos. Los pensamientos bullen en su mente atropellados y dislocados. Las imágenes conturbadoras danzan en ella zarabandas exóticas. En su marcha angustiada, ve desfilar las sombras con paso furtivo de fantasmas: los de la noche misma, y los que crea su fantasía. Hay momentos, por fin, en que su delirio comienza a tergiversarlo todo, y él mismo se engaña. Y así va como un judío errante de la soledad, como otro fantasma perdido de la tiniebla, como un grito que ambula sin encontrar el eco, porque no puede salir, anudado en la garganta del destino. La noción del tiempo y la distancia no cuentan ahora para él. Sobre el abismo eterno pendulan las horas, y José Nicolás ni las siente balancear,

ni podría inventariarlas en otro instrumento que su fatiga. El cansancio del caminante es también un reloj. Mas ¿qué le importan las horas a él, ni la laxitud de sus plantas? De improviso la cabeza se le llena de representaciones felices: el mar remoto, del que tiene apenas una confusa idea; lagos tranquilos que una brisa amorosa acaricia y peina; anchas venas fluviales, de sangre blanca y transparente; saltarines arroyos que bajan como cabritos por las laderas de monte; y luégo, como la visión más hermosa, un campo verde que canta bajo la lluvia musical, y se estremece de júbilo lo mismo que la mujer voluptuosa y desnuda entre los cristales del baño. Tan viva es la ilusión, que José Nicolás cree por un momento encontrarse bajo el meteoro. Extiende los brazos hacia adelante, para palpar, y sus labios se separan ansiosos, cual si se aproximaran a la copa colmada.

Vuelto a la triste realidad, delirante, emprende en seguida una carrera vertiginosa. La fatiga lo abruma; y aunque es lo cierto que ha caminado mucho, mucho, y que supone hallarse lejos, lejos, talvez a varias leguas de donde partió, la verdad es también que no hizo otra cosa que moverse en círculo vicioso. Vagó sin rumbo por los contornos, anduvo y desanduvo camino, encadenado acaso por el instinto de volver que hay en toda criatura y el obscuro sentido de orientación que atrae cual imán a los seres vivientes hacia la querencia. Pero no se da cuenta de estas cosas. Va derecho a su objetivo, y nada más. Y piensa con ab-

solita convicción que está muy cerca de alcanzarlo.

Mas ya en su mente parecen haberse roto también los resortes de la intuición y el instinto. Sobre sus sentidos pesan nieblas alucinantes. Es por eso seguramente que, de improviso, y sin darse cuenta de que está ante el ojo de agua, —cegado ya por el verano— se detiene a corta distancia, acesante, lanzando un grito de alegría. La sombra triste de las cañas, apretadas en matorral marchito, el enorme pedrusco por cuyas grietas saltaba ayer no más el hilo bendito y cristalino, el contorno pedregoso, todo está quieto y asolado, cual si fuese algo muerto para siempre. Pero José Nicolás mira y oye otras cosas: el agua que salta a borbotones por las oscuras grietas, el agua que canta cual una sirena de la tierra, el agua que hasta le parece incluso que tiene un raro perfume desconocido para él. . .

Demente de sed casi, frenético de gozo salvaje, sin otra medida para sus actos que su incontenible impulso, el finquero se lanza de bruces contra la grieta, para beber. Lo hace con tan inaudita violencia, que sólo se podría comparar su ímpetu con el arranque ciego del animal silvestre y en celo. Por eso no se incorporará más de allí, ni volverán a atormentarle sus ansias. Esas ansias que la noche, el silencio y la soledad, resumen piadosas en el blando sueño de que no se torna a despertar.

Cuando, avanzado el nuevo día, y ya de regreso, Cuncio sale a buscar a José Nicolás, es su cadá-

ver yerto y con la cabeza destrozada contra el enorme pedruzco, lo que encuentra. Pero en la expresión del finquero, la muerte no alcanzó a imprimir el sello de su paz definitiva, talvez porque en la hora suprema y entre el inmenso y feral jadeo de las cosas circundantes, se juntaron y confundieron en esa faz adusta el sufrimiento del hombre y el de la tierra.

---

## HIJO DE BEBEDOR

Al abandonar la taberna, pasadas las once, Agapito Segovia se detuvo un momento en el andén, indeciso y vacilante. Parecía hacer esfuerzos por recordar a dónde iba, o a dónde tenía qué ir. Pero fue seguramente su instinto, y no su mente, lo que le indicó el camino, porque, a poco de caminar, daba la sensación perfecta de ser un autómatas cuyos resortes no funcionaban del todo bien.

A medida que avanzaba, y mientras sus pies tejían y destejían sobre el pavimento de la calle los más arbitrarios y absurdos arabescos, sus labios se movían sin cesar en el más extraño monólogo que puede salir de la boca de un hombre ebrio. Balbucía, y a ratos farfullaba, palabras incomprensibles que debían de ser, sin duda, las desarticuladas voces de algún tenaz discurso dirigido a sí mismo, o a cualquier oyente invisible.

La noche, que como la casualidad, suele ser protectora de los borrachos, era serena y clara. No había luna, pero las estrellas le daban esa claridad traslúcida y tenuemente azulina que les imprime a las cosas vagos aspectos de ensueño. Por lo demás, los faroles iluminaban la vía lo bastante para que Agapito Segovia, siguiendo el acostumbrado itinerario de su casa, pudie-

ra ver el camino, si no con la nitidez y precisión que cualquier persona normal, por lo menos con la relativa seguridad que necesita un transeúnte que ingirió media docena de copas.

—Yo soy un hombre... sí... yo soy un hombre— continuaba monologando con acento ronco y estropajoso, mientras parecía llevar el compás con el alocado baile de sus pies, empeñados en trazar dibujos sobre el asfalto.

Se detuvo un instante, manteniéndose erguido por maravilloso dón de equilibrio, pues su cuerpo se bamboleaba lo mismo que débil arbusto azotado por fuerte viento. Luégo volvió a andar, reanudando el discurso con mayor energía y énfasis:

—¿Quién dice que no soy un hombre?... ¿Quién?... ¿Será ese bruto de Fermín, el cantinero que luégo no quiere fiarme?... ¿Será Zacarías, el compañero que a veces me invita?... ¡Ah, canallas, no me lo dicen en la cara... no... pero yo sé que lo dicen... Son unos hipócritas... Y yo soy un hombre, cuernos!, un hombre de pelo en pecho, porque soy un hombre que bebe...

Creyó escuchar un eco, y tornó a detenerse. Más adelante, como tropezara de pronto con un poste, se abrazó a él efusivamente, en tanto que exclamaba con ternura vinosa:

—¿Eres tú, amigo Zacarías?... ¿Eres tú?... Pero, ¿por qué no hablas?... Tan borracho estás, compa-

ñero? . . . Ah, bien veo que no eres tú . . . Pero si acaso eres tú, quédate aquí, que yo no bebo más, ¿me oyes?, no bebo más porque estoy hasta el occi . . . el occi . . . el occipucio, eso es, ¡caramba!

Acometido por súbito enojo rezongó levantando un poco la voz:

—Que no me quedo, he dicho . . . Quítate de ahí o te parto la cabeza de un golpe . . . Cómo le parece, amigo Fermín? . . . Este animal quiere que beba más, y yo soy un hombre . . . sí . . . soy un hombre . . . quién dice que nó, para demostrárselo?

Desembarazado por fin del obstáculo, Agapito siguió su marcha lenta y difícil, de barco que perdió el timón y el velamen. Era casi la una cuando llegó a su casa. A los brutales golpes que acertara a dar con el aldabón, su mujer acudió presurosa, haciéndose a un lado para franquearle el paso. Era una pobre mujer, a juzgar por su aspecto y por sus vestidos. La privación, la necesidad, la miseria, labraron en su semblante envejecido huellas inconfundibles. Y no tenía más de treinta años.

Encogida contra la pared, y con tono que delataba cierto temor, murmuró:

—¡Qué tarde vienes!

—¿Tarde? . . . ¿Tarde? . . . Todavía no ha amanecido.

—Bueno: entra en silencio para que no despiertes a Jaime. Ven, yo te ayudaré.

Tomándole un brazo, mientras apartaba un poco la cabeza para no percibir el tufo aguardientoso, lo condujo trabajosamente hasta el sórdido lecho matrimonial. Lo acomodó con mucha solicitud, y como Agapito no tardara en roncar su pesada beodez, ella se tendió también a su lado, al cabo de un rato, suspirante y resignada.

\*

\* \*

Jaime Segovia, el único hijo del matrimonio, tenía siete años y era un muchachito inteligente, dotado de rara sensibilidad y de salud precaria. La suerte proteica y caprichosa no fue benévola con ese hogar humilde, donde a la habitual escasez y a las diarias angustias y afanes se unía la dolorosa rutina de una existencia llena de sobresaltos y amarguras constantes. Mas ¿qué hubiera importado todo eso, si por lo menos las sombras del amor y de la ternura viviesen y permaneciesen allí para cubrir las penalidades materiales? ¿Qué podían ser los padecimientos físicos sino males pasajeros y soportables, comparados con la paz y el sosiego que son lenitivos del alma, pero que allí faltaban hacía tanto tiempo?

Desde que, cualquier día aciago, Agapito Segovia se presentó por primera vez a su casa, perdida la conciencia y acaso la voluntad, comenzó también para la pequeña familia el largo viacrucis del sufrimien-

to. Huyó la felicidad, espantada. Ahora, Susana, su mujer, recordaba los primeros años de matrimonio, relativamente dichosos, porque entonces nada faltaba allí de lo indispensable, se trabajaba y se vivía, y el porvenir parecía risueño y seguro, aunque modesto, para su condición de pobres. ¡Cuán lejanos veía ya esos días venturosos! Tan distantes, y desvanecidos, y confusos, que tenía la impresión de haber muerto para comenzar otra vida.

Como quería a Agapito entrañablemente, a pesar de su vicio, trataba de justificarlo ante ella misma. ¡Ah, no; el pobre, el cuitado no podía ser jamás culpable de haber sucumbido! Fue el destino que lo llevó, porque antes de ser un bebedor como ahora nadie podía culparlo de nada. Era un hombre bueno y sin tacha. Cuando se quedó sin trabajo, luchó largo tiempo sin desanimarse, agotó iniciativas y recursos, suplicó; incluso se humilló también cierta vez. Hasta que por fin... por fin... una noche que no olvidaría nunca Susana, llegó ebrio a la casa.

Entre tanta penalidad cotidiana, era, a pesar de todo, un eficaz consuelo para ella ver y pensar que su marido, si bien se presentaba noche tras noche saturado de alcohol y de inconsciencia, nunca fue violento con ella. Alguna que otra brusquedad solamente, que disculpaba de buen grado. ¿Qué sabe un borracho de lo que dice y hace cuando pierde por completo el conocimiento? La verdad es que en sus horas lúcidas, Agapito se mostraba muy razonable, y hasta tenía el

humor afable. Entonces parecía un poco triste y avergonzado, a pesar de que Susana nada decía, y se esforzaba por ayudar en cualquier cosa, y hasta se complacía en jugar con Jaime.

—Papá, hazme un caballito de palo.

Se lo improvisaba torpemente, con el de la escoba.

—Papá, quiero un buquecito de papel.

Y Agapito se ponía a construírsele, con sus manos temblonas de alcohólico, mientras dialogaba con él sobre cosas pueriles y alegres.

Los apuros domésticos menudeaban entretanto en la casa. Pero Agapito era perfectamente incapaz de hacer nada ya para remediarlos. Ni le daban ocupación, ni él hubiese podido desempeñar cargo alguno. Susana, sin otras armas que sus débiles fuerzas y su abnegada voluntad, debía, pues, hacerle frente ella sola a la situación. Mas como era mujer animosa, no le faltaban expedientes. Sus labores de costurera hábil hallaban siempre algún comprador. Confeccionaba flores y sombreros, hacía dulces, bordaba y tejía para familias. Si la necesidad acosaba demasiado, arreglaba ropas a personas conocidas.

¡Cuánto esfuerzo, cuánto sacrificio y dolor le costaba todo aquello! Su salud estaba alterada, sus ojos debilitados por el trabajo nocturno y prolongado, sus manos adoloridas y ásperas. Pero le infundían alien-

to y perseverancia el pensamiento de ese hijo que tenía, y la vaga esperanza de que cualquier día venturoso Agapito se regenerara.

Tendido en su camita, algunas noches que no podía dormir, Jaime la veía trabajar, comprendiendo confusamente la razón de la prolongada faena. A veces el alimento era escaso, tan escaso que la fatiga lo desvelaba; y el niño se daba cuenta, con su precoz inteligencia, de que su madre sufría silenciosamente. Nada decía él, sin embargo. La miraba callado, compungido, lleno de una íntima y secreta congoja que no se atrevía a exteriorizar.

En otras ocasiones se hallaba despierto también, cuando el padre llegaba ebrio, muy avanzada la hora. Simulando que dormía veía a Susana salir a abrirle, escuchaba sus diálogos en voz baja, oía las recomendaciones de ella para que no lo despertara. No siempre, empero, Agapito atendía tales súplicas de su mujer. Y Jaime podía coger sus monólogos.

—Yo soy un hombre. . . ¿Quién dice que no soy un hombre? . . . ¿Quién? . . . Yo soy un hombre, porque bebo y nadie me vence. . . Que venga aquí el que sepa lo que es beber, para que se mida conmigo. . .

Muchas veces oyó el niño tales monólogos habituales, que en los labios de su padre semejaban un estribillo lamentable.

Pero cierta noche cayó enfermo de algún cuidado, acaso más por debilidad que por cualquier otra

causa. Una ligera fiebre le encendía los ojos y las mejillas pálidas. Como se quejara, Susana se aproximó hasta el lecho para preguntarle con amorosa solicitud:

—¿Qué tienes, queridito? ¿Qué te pasa?

—Nada, mamá. Una fatiguita. Pero no es nada.

Susana, sagaz, fue a buscar al pequeño aparador, cualquier cosa. Un poco de leche, algún trozo de pan, una fruta. La requisa fue vana. Dejó caer los brazos con desaliento, mientras permanecía inmóvil por breves instantes. Aquel día, como los peores, fue de obligado ayuno para la familia, y apenas si habían probado bocado. Lo probó Jaime, mejor dicho, porque para él fue lo poco que se consiguió.

Sin hablar, Susana se sentó en una de las tres sillas de que disponían. Cerró los ojos, como si pensara o recordara; y de improviso, sin poder contenerse, rompió a sollozar con el rostro entre las manos abiertas.

—¿Qué fue, mamá? ¿Por qué lloras?— preguntó Jaime tratando de incorporarse, con aire asustado y sorprendido.

—Nada tengo qué darte, queridito; nada. ¡Es horrible!

—No llores por eso, mamá. Pero si estoy bien. Mañana conseguiremos alguna cosa.

Ella se levantó, fue hasta su lado, y lo besó con apasionada ternura. Lo besó muchas veces, cual si

quisiera compensarle con besos su pena de niño, o pedirle perdón.

—Sí, queridito; mañana, Dios verá por nosotros. Pronto, algún día, cuando seas un hombre también, podrás ayudarme.

—Cuando sea un hombre, yo te ayudaré, mamacita.

Y Jaime se durmió, impresionado por aquellas palabras.

\*

\* \*

Sabía, por habérselo hecho descubrir la casualidad, en dónde guardaba, o escondía su padre una botella de licor. Algunas veces lo observó, cuando la extraía del rincón de un armario, para tomar un trago furtivamente, y la guardaba en seguida de nuevo. La cosa no era frecuente, pues ocurría tal cual día, en horas que no eran las habituales de Agapito para beber.

La siguiente mañana se levantó, diciendo que se sentía mejor; se condujo como un muchacho alentado; jugó un rato; y apenas tuvo oportunidad, se fue con paso clandestino en busca de la misteriosa botella. No tardó en encontrarla, y movido por su oculto propósito comenzó a tomar grandes tragos, de prisa y con sobresalto visible, temeroso de ser sorprendido.

El licor hizo bien pronto su efecto. Jaime sintió que el mundo, ese pequeño mundo de su casa, daba vueltos en torno de él; que un extraño calor quemaba

su sangre; que su cabeza vacilaba, entre nieblas y sombras desconocidas. . . Con todo, algo persistía lúcido y tenaz en su mente, y era el obsesionante pensamiento que lo dominaba desde la víspera, cuando Susana pronunció aquella frase, síntesis de su esperanza maternal.

A la hora del almuerzo, Agapito se presentó en estado normal. No había bebido aún, ni lo haría con seguridad hasta el anochecer. Preguntó por Jaime, y como Susana, absorbida por sus quehaceres, le dijera que debía de andar por ahí, se puso a buscarlo por toda la casa.

Lo que vieron sus ojos, cuando penetró en la pequeña alcoba, lo obligó a detenerse atónito. El niño ofrecía un espectáculo deplorable: apenas podía tenerse en pie, y su expresión era patética.

—¡Jaime! ¿Qué es eso? ¿Por qué estás así?

Entonces el niño miró a Agapito fijamente con cierto gesto de triunfo y de orgullosa satisfacción, mientras respondía:

—Papá, ya soy un hombre. Ahora podré ayudarle a mamá.

\*

\* \*

Desde aquel día, Agapito Segovia, bebedor consuetudinario, abandonó el licor para todo el resto de su vida.

---

## EL RETRATO DE LA OTRA

Poco después de que hubo salido César, con dirección a su oficina, María Isabel entró en el despacho. Era un escritorio particular, íntimo y casero, en donde su marido solía pasar horas enteras, especialmente los días feriados, cuando no iban al campo, o a cumplir alguna atención de sociedad. Muchas veces también acostumbraba a encerrarse allí, permaneciendo hasta muy tarde, entregado a la lectura, y en ocasiones a trabajos de escritura de distinta índole.

Preocupada por sus compromisos sociales, que con frecuencia la absorbían casi por completo, María Isabel no le dio jamás importancia a ese hábito singular de su marido, de encerrarse con llave en el escritorio. Acaso pensara que le placía estar solo en determinados momentos, o que necesitaba trabajar sin ser distraído ni interrumpido. ¿Qué podía tener de particular o extraño tan inocente como rutinaria manía?

Esa mañana, sin embargo, —mero capricho de mujer—, se le ocurrió de pronto hacerle una visita al despacho, aprovechando la transitoria ausencia de César. En lo que llevaban de casados, recordaba haber entrado allí dos o tres veces. El lugar no era, por otra parte, muy atractivo, pues a su decoración casi ascética unía un ambiente detestable para cualquier espí-

ritu superficial y amigo de los aspectos frívolos de las cosas. Fuera de un gran diván de cuero, un escritorio extranjero con muchas gavetas, y una vitrina llena de libros escogidos y bien empastados, nada más había allí. Las paredes estaban desnudas, el piso sin más tapiz que uno delgado y oscuro sobre el que reposaba el escritorio, y la ventana sin cortina.

En el respaldo del diván, tirada al descuido y quien sabe por cual circunstancia casual, se veía una chaqueta casera. Tomóla María Isabel, para llevarla al armario, y como observase que algo había en los bolsillos, hizo una sonriente requisa. Encontró dos billetes de banco, un cortapapel de marfil y algunos papeles con apuntes. Nombres, direcciones, cifras. En seguida volvió a poner todo en su sitio.

Sobre el abierto escritorio estaban las llaves de las gavetas, olvidadas seguramente. Y ella pensó, con súbita curiosidad, qué podría haber en el oculto vientre de esos cajoncitos misteriosos, cerrados como otros tantos enigmas. No vaciló mucho, antes de investigarlo. Acomodada en el sillón, para estar más expedita, inició, pues, la requisa, uno por uno, teniendo cuidado de no alterar la colocación de las cosas.

Peró el minucioso registro la dejó desilusionada. ¿Desilusionada? ¿Acaso esperaba encontrar secretos allí? La verdad es que —¡oh sentimiento paradójico!— tal vez no le hubiese desagradado dar de improviso con algo imprevisto. Algo extraño, y que la toma-

se de sorpresa. Pero que, a la vez, no fuera a ocasionarle disgustos.

Ya se disponía a cerrar la última gaveta, persuadida de que allí no había más que papeles viejos e inútiles, documentos de negocios, cartas amistosas, tal cuál fruslería, cuando, como truco de última hora, apareció un cajón secreto sobre cuyo contenido yacía fina capa de polvo.

Emocionada, con mano casi febril, extrajo del fondo un paquetito atado con desteñida cinta. Y pensó si la casualidad no iba a ponerla inesperadamente frente a un aspecto del pasado de su marido. Una faz cualquiera de ese pasado que las mujeres nunca llegan a conocer por completo, o que conocen mal, o en forma equivocada.

Encontró allí antiguas cartas de familia, una partida de nacimiento, dos o tres certificados de estudios, muy viejos. Pero, ¿de quién era aquella imagen que se ofrecía ante sus ojos ávidos, un poco desteñida por el tiempo y con la marca fotográfica un poco borrada? Examinándola, comprobó que no tenía ninguna dedicatoria ni fecha. Sólo ella estaba allí, risueña y juvenil, envuelta en su propio misterio, cual si desafiase al espectador a descifrar la incógnita.

María Isabel se grabó la imagen en la memoria. La desconocida mujer no podía tener más de veinte años; era de una belleza poco común, y su aire ingenuo y romántico. Pensativa, con los labios tenuemen-

te fruncidos, volvió a acomodarlos todo en su lugar, cerró la gaveta, y salió del despacho.

César comenzó a notar a poco cierta frialdad en su mujer. Se mostraba irritada con cualquier pretexto, y promovía pequeñas discusiones a la menor oportunidad. A veces eludía sus caricias, con estudiado disimulo, o con brusquedades.

Como la quería entrañablemente, comenzó a preocuparse, sintiendo incluso vaga inquietud por tan raro como inexplicable desvío. Quiso inquirir, saber, comprender; pero ella se había sumido en tan hondo y orgulloso mutismo al respecto, que nada pudo averiguar. Y los días pasaban, sin que María Isabel cambiase de actitud, sino que, por lo contrario, tornábase más indiferente y malhumorada.

Cierta noche, por fin, César pareció comprender. Empeñado en ir al teatro, trataba de convencer a su mujer para que lo acompañara, exaltando la obra y la calidad de la compañía.

—¿Y por qué no vas solo?— dijo María Isabel, de pronto.

—Bueno, podría hacerlo. Pero sabes muy bien que prefiero ir contigo. Me agrada tu compañía.

Tras de breve silencio, ella replicó intencionadamente:

—Compañía no será lo que te falte.

—¿Qué quieres decir, María Isabel?

—Nada quiero decir, ni me interesa ya.

—Pero, ¿es que supones acaso...?

—No supongo nada tampoco.

—¿Entonces...?

—Mira— volvió ella a hablar, ahora con súbita rabia y enrojeciendo—: debes saber que lo que más detesto es la farsa. ¿Pretendes engañarme? ¿Supones que soy todavía una niña ingenua?

—Pero, María Isabel: no puedo entender... .

—Basta, si no quieres que acabe de perder la paciencia. Vas a negar que tienes una amante ¿y que a espaldas mías...?

—Estás equivocada —afirmó César con suavidad—. ¿De dónde puedes sacar semejante absurdo?

—He visto su retrato. La conozco ya perfectamente, sin verla.

—¡Oh, qué interesante! ¿Querías mostrarme esa fotografía?

—¡Cínico! Me infieres el ultraje, y todavía me exiges que yo misma vaya a buscarla. ¿No la tienes, pues, en tu poder?

María Isabel estalló de repente en sollozos; pero se levantó luego, serena y altiva, para encaminarse a sus aposentos.

---

Ahora tenía el atribulado César suficientes motivos para cavilar. Pero, por lo menos, ya conocía la causa ignorada, la razón del tremendo enojo de su mujer. Desesperado y valiéndose de cuanto medio persuasivo le sugirió su ingenio, pudo lograr al cabo que ella le presentase la irrecusable prueba. Esa noche, en el mismo despacho privado de César, María Isabel, con cierto gesto dramático, le puso ante los ojos atónitos la misteriosa fotografía.

—¿Y qué dices ahora? ¿Negarás la indigna evidencia?

—¡Oh —exclamó César, desconcertado, —permítame que te explique al menos. . .

—¿Qué vas a explicarme? ¿Para qué?

—Necesito justificar las cosas. Reconozco que tienes razón en parte. He debido hacértelo saber. La verdad es que no sé cómo se me pasó. Tántas preocupaciones diarias, tántos asuntos diversos que hay que atender. . . Por otro lado, estas cosas que ya pasaron. . .

—Eso dirás tú ahora, para disculparte mejor.

—No. Quiero decir otra cosa. A esta mujer, Ma-

ría Isabel, la he querido mucho, la quiero mucho todavía, ¿no sabes cuánto la quiero! ¿Te ofenderás si te digo que la quiero tanto como a tí?

—César —gritó casi María Isabel, irguiéndose furiosa—: esto es el colmo ya, no puedo escucharte más, eres un perfecto canalla.

—Pero, —replicó él, levantándose a su vez y tomándola por los brazos, mientras la miraba con honda pasión en los ojos que fulguraban como candelas—, ¿qué es lo que piensas tú? ¿No sabes quién es esta mujer?

—No me lo digas, pérfido, miserable, mal hombre.

—Esta mujer es mi madre, María Isabel; mi madre cuando tenía veinte años.

Se aflojaron sus manos, y ambos cayeron sobre el diván, mudos de emoción y de sorpresa. Después, él agregó con extraño tono de ternura, como si le hablara a una niña y no a una mujer:

—No se le parece ya, ¿verdad? Y sin embargo es ella. La misma como la veía yo cuando era muchacho. ¡Pobre! Le tocó sufrir tanto en la vida.

Tomando a María Isabel de la mano, la llevó hasta el salón, en cuyo paramento de honor sonreía tristemente la imagen de una mujer de edad, cuya frente orlaban como diadema, grises cabellos.

Se quedaron mirándola, mientras María Isabel movía la cabeza melancólicamente, tratando acaso de encontrarle similitud con la del retrato desteñido de la gaveta. Y permanecieron allí largo rato, mientras ella, levemente apoyada su mejilla sobre el hombro de César, sentía llenársele de lágrimas las amorosas pupilas.

---

## EL P U E N T E

A cinco kilómetros de la ciudad, sobre la cuenca por cuyo fondo se deslizan con sordo rumor las aguas turbias y profundas del río, el largo puente metálico parece reconciliar las orillas que una enemistad natural separa y enfrenta. Cuando se parte en dos, dejándolas en transitorio divorcio, para dar paso libre a los vaporcitos fluviales que suben o bajan, y tornan en seguida a juntarse sus alas, parece que se estrecharan las manos con efusión y que el confuso ruido que produce la maniobra fuese murmullo satisfecho, o juramento renovado.

Una profusa vegetación crece y perdura en las márgenes, sobre el terreno húmedo, febril, y a trechos cenagoso. Las riberas son altas como barrancos, festonadas de maleza tupida, y sus paredes de un color ocre que en algunos puntos se confunde con el gris azuloso de la greda y el pardo plomizo de la tierra seca y desprendida.

Cerca de allí, a cincuenta metros, está la caseta del guarda: construcción de madera, lo suficiente apenas para servirle de refugio en el mal tiempo y de albergue en las noches. No hay más mobiliario que el catre portátil, un asiento y una pequeña mesa con estantes. En los entrepaños se ven linternas, diminutas

pilas eléctricas, lazos, banderas de señales y algunas herramientas.

José María, el guarda, no ha conseguido aún resignarse al vivir monótono, de tan desesperante rutina y abrumadora soledad. Hace seis meses que entró a servir el puesto obligado por la necesidad, agarrándose a él como a tabla de salvación, y sin sospechar siquiera cuál iba a ser la tediosa existencia que le aguardaba. Los trenes pasan por allí dos veces al día, y son esos momentos de pasajera animación los únicos que alteran la quietud y el silencio del agreste paraje. A veces, de cuándo en cuándo, pasan también los vaporcitos fluviales. Pero todo parece una visión, o un sueño. No se detienen nunca, y sólo dejan tras de sí sus cinéreas estelas de humo y los ecos roncós de las voces de sus sirenas. Llegan, y desaparecen. Como la ilusión fugaz, como la esperanza vana y efímera.

¿Por qué lo empujó el destino a ese pequeño desierto en donde la retina no copia otras cosas que aguas espesas y amarillentas y una vegetación cerrada y muda, porque ni pájaros hay, ni rumores que denuncien la inquieta presencia de alimañas? Humedad, fantasmas de fiebre, atosigante panorama de verdura contra el cual no tiene otro alivio la mirada que el espectáculo de las aguas sucias y caudalosas, entregadas a su eterno monólogo adormecedor y confuso.

José María piensa que su vivir es triste, sin duda. No es muy ignorante, puesto que posee ciertos co-

nocimientos; se siente con ánimo y voluntad para empresas mejores; y ni por asomo pierde la convicción de que tan humilde cargo es apenas como cosa de prueba. Sí, como algo que no podrá perdurar, y que se le parece a la expectativa del viajero que aguarda en la estación la llegada del tren para proseguir la marcha.

Cada quince días, a mediados y a fin de mes, viene el inspector a pasar visita. Y una mujer le trae todas las mañanas el alimento necesario para la jornada. Vive muy lejos, y no le queda fácil volver hasta el día siguiente. Fuera de estos dos personajes que llegan y se van de prisa, José María no tiene otro trato con seres vivientes. Pero no: cuando pasan los veloces trenes y los mugientes vaporcitos tiene también oportunidad de entablar diálogos fulminantes y mudos con los viajeros que saludan por señas.

Esta tarde, el inspector ha venido a hacer su visita. Han recorrido y examinado el puente minuciosamente, han escrutado las orillas y sus contornos, han hablado de muchas cosas relacionadas con el oficio. Al despedirse del subalterno, aquél le pregunta de improviso:

—¿Está usted contento? ¿Nada tiene que solicitar?

—Ya puede suponerlo, señor inspector... Este sitio es tan solo, y el trabajo tan aburrido...

—Comprendo, comprendo. Pero veo difícil por ahora una promoción.

José María se atreve a agregar:

—La verdad es que si no lo necesitara... este puesto...

Nada contesta el inspector, que ha iniciado la marcha de regreso. Se ha detenido un instante, sin embargo, para mirar al guarda atentamente; lo bastante para que éste adivine en la expresión de sus ojos un callado e irónico reproche.

¿Por qué lo miró así el grave funcionario? ¿Qué quiso decirle sin palabras, pero en forma tan expresiva y honda? Durante varios días no puede José María sustraerse a la extraña cavilación que le sugiriera tan trivial incidente. ¿Fue desagrado acaso lo que su superior sintió al oírle pronunciar la quejosa frase? ¿O fue quizá una tácita manifestación de acuerdo? ¿O burla talvez, porque no lo creyera bastante hombre?

La verdad es que José María siente cada vez más su inconformidad, y se va dando cuenta con ánimo desolado, de que su trabajo es mecánico simplemente. Como el del obrero instintivo, que cumple la tarea rutinaria. Y algo peor aún: como el del galeote, o el presidiario, que la cumplen como una condena. Comprende que no tiene voluntad, que su alma no está presente en aquella faena, que es acaso con asco y desprecio como realiza la humilde labor que no se hizo para él, pero que le asignó el destino arbitrario, o la suerte ciega y caprichosa.

¡Ah! ¿No es un tormento tener qué cumplir el deber así? ¿No es tortura pensar que en la ejecución de la obligación no colabora la conciencia de su importancia, por pequeña que sea, sino el sentimiento mediocre de que hay qué hacerlo porque de ello depende un interés egoísta, o la propia vida?

José María se confiesa él mismo que no estaría allí si no fuese porque el modesto empleo le produce un salario para vivir. ¡Un pobre salario! Más allá de esa humilde plaza de guarda, de ese oscuro cargo de vigilante, acechan sin duda los horribles vestigios del hambre, amenazadores y rabiosos como lobos. Y más allá todavía, ¿quién sabe! La desesperación... el delito... la muerte...

Y ha de permanecer allí, encadenado como reo. La puerta está abierta, y con todo eso, la evasión no sería la libertad. Presiente que tras de las rejas de la prisión atisba una nueva, acaso una peor esclavitud. ¡Qué extraña paradoja que esos grilletes que lo ciñen sean otra libertad! Algo como una ergástula salvadora.

Pero José María comprende también que un sentimiento confuso, y que no ha logrado definir entre la enredada madeja de sus sentimientos encontrados, bulle en su interno fuero con vigor sojuzgado. Ah, si no fuera por ello... Lo cierto es que, sobreponiéndose vagamente a su tedio, a su inconformidad, a su menosprecio por el obligado trabajo, la idea tenaz de su res-

ponsabilidad le mantiene el espíritu vigilante y despierto.

En ocasiones piensa, con imaginación amargada, cómo sería si una mañana de esas, o un atardecer cualquiera, olvidara mover las palancas, o se distrajera, o se quedara muerto de pronto. . .

\*

\* \*

Amaneció con un conato de fiebre. Muy temprano llega la mujer, con la cesta llena de provisiones. La noche anterior había llovido, y aunque el aguacero cesó antes del alba, persisten aún sobre la vegetación, que brilla al sol, las huellas húmedas del agua. El río suena con raro murmullo de creciente imprevista.

—Tiene mal semblante, don Chepe —dice la mujer—¿Está enfermo?

—Amanecí un poco indispuerto. Pero no es nada.

—¿Quiere que le haga algún remedio?

—No es necesario. Gracias. Esto pasará en seguida.

La mujer lo mira, indecisa. Llena un vaso con agua pura, que ha traído en un calabazo, y colocándolo sobre la mesa junto con un par de limones, advierte;

—Ahí le dejo eso, por si acaso. Las limonadas son buenas, don Chepe.

Se marcha en seguida.

Durante el resto de la mañana, que José María invierte en arreglar una linterna, pasa un vaporcito a toda marcha. Luégo, a medio día, pasa un tren. Los ha visto llegar y perderse a lo lejos, sin que le quedara otra noción que la visión cinematográfica, el eco de sus pitadas, y la fantasmagoría distante de la carga humana que conducían.

No ha querido preocuparse por aquella indisposición. ¡Bah, tantas veces se ha sentido febril, sin que apenas reparara en ello, como en cualquier insignificante percance! Pero a media tarde, nota que la fiebre le sube. Sin duda —piensa— se le han metido por el cuerpo los miasmas que pululan en las emanaciones malsanas de tales parajes.

Un singular enervamiento comienza a invadirlo. Oleadas de intenso calor suben a su cabeza y queman sus miembros. José María ha pensado con inquietud que al anochecer pasará por allí el último tren, y que no es improbable que suban o bajen otros vapores.

Vencido al fin, se tiende sobre el catre portátil, que cruje tenuemente bajo su peso. En un anaquel, el reloj de timbre golpea con terco estribillo, o como una conciencia despierta. Le parece que son las cuatro, acaso las cinco, talvez más, talvez menos. No acierta

a precisarlo bien, porque su cabeza parece sumirse en extrañas nieblas. En su cerebro persiste únicamente la lúcida idea de que al anochecer pasará el último tren, y antes o después algunos vapores probablemente.

En vano trata de sobreponerse a ese sopor que lo domina, como misteriosa embriaguez. Se le caen pesadamente los párpados, se le va la conciencia, todo se va esfumando a su alrededor...

¿Cuánto tiempo ha pasado así? De repente despierta sobresaltado al herir sus oídos las reiteradas voces de una sirena. Es un mugido tenaz, desesperado y angustiado, que llama sin descanso, y que parece una clamante voz humana. José María se da cuenta de que la sombra invasora ha empezado a llenar el cuarto. No tiene noción de nada: ni del tiempo, ni del lugar, ni de sí mismo casi. Pero comprende de improviso que hay un peligro, que es a él que lo llaman con tan apremiantes acentos.

¡El puente —piensa estremecido—, el puente! Intenta incorporarse, pero comprende con espanto que no tiene fuerzas para ello. La fiebre lo ha aniquilado, extenuándolo, dejándolo como blando trapo. Y es entonces cuando comprende la inmensa, la tremenda importancia de aquel humilde cargo. ¿Cuántas vidas dependen de él en ese momento?

Con sobrehumano esfuerzo, se levanta por fin, para dirigirse a la orilla. Para arrastrarse, mejor dicho. Como el reptil, como el inválido, como el que siente

que debe llegar a alguna parte, aunque sólo lleguen sus pedazos. ¡Cuán largo, cuán heroico camino es ese trayecto de cincuenta metros que lo separa del estribo del puente!

Cuando por fin logra alcanzarlo, tras inaudita lucha con su propia debilidad, se da cuenta de que llega apenas a tiempo. En medio del río, entre la media luz crepuscular, un vaporcito maniobra difícilmente contra la poderosa fuerza del agua que lo arrastra hacia el puente, donde se estrellará con seguridad. Hasta ahora ha podido evitar la catástrofe, gracias a una hábil serie de bordadas y evoluciones, y sin dejar por eso de lanzar su grito de angustia.

José María empuña las palancas, y el puente comienza a moverse, dejando el paso libre. Pero no puede más. El bárbaro esfuerzo lo ha dejado destrozado. Recuerda entonces que no tardará en pasar el tren. Dentro de pocos minutos, seguramente. Crispado, convulso, se prende de nuevo a las palancas, y el puente vuelve a cerrarse con lentitud.

—¡Ah!— exclama, cual si se le fuera la vida.

Y cae desmayado, a corta distancia de la vía.

Tendido allí, ya entre las tinieblas nocturnas, todavía alcanza a percibir, hundido en las brumas de su sueño, o de su inconsciencia, el alegre ruido del tren que pasa casi en seguida, a pocos pasos de él, con su fragor formidable.

---

## EL GENERAL

Sentado ante su escritorio, el antiguo guerrillero bregaba por darle remate a una larga carta de agravios en la que se quejaba por la poca atención que el gobierno les prestaba a sus reiterados reclamos. Era una epístola más, aparte sus continuos memoriales, dirigida particularmente al propio Ministro de la Guerra, su viejo compañero de armas, pero no de éxitos en la vida civil, pues mientras él vivía relegado y casi olvidado por los hombres de su partido, el otro, el Ministro, triunfaba y prosperaba, gracias a sus sorprendentes dotes para la política.

Lo cierto es que el encanecido guerrillero, que en la época de las contiendas armadas podía hablar y exigir, porque entonces era fuerza viva, valor cotizabile en el mercado militar, ahora no pasaba de ser otra cosa que pobre veterano sin mayor prestigio ni influencia, condenado a vivir de los recuerdos gloriosos y de las eternas y falaces promesas de sus conmlitones de antaño. Pero, ¿de qué podía quejarse si se le había inscrito en el escalafón de los viejos héroes, especie de museo, o si se quiere panteón de glorias aún vivientes, y por adehala se le había dado una pensión para que agonizara decorosamente los días que le restaban de existencia?

No; no podía negar ni desconocer que el partido era agradecido acordándose hasta donde podía de sus abnegados servidores y de sus valientes soldados de los días bélicos de la lucha. Se le había refrendado el grado de Coronel, se le expidió un hermoso despacho con orlas doradas y plateadas y muchas firmas enrevesadas e ilegibles, e incluso se le pagó una modesta suma al cabo de largo y laborioso papeleo, cantidad que vino a quedar bastante reducida debido a la gestión del abogado que apechó con su cobranza.

Lo malo —y de ello nadie podía disuadir al intrépido Coronel Manofuerte— estaba en la irregularidad con que le pagaban la consabida pensión de retiro, recibida con invariable retraso de meses, cuando ya la debía casi íntegra y con merma apreciable a los usureros y proveedores. Esto era lo que mantenía fuera de sus casillas al valeroso coronel, que solía perder la paciencia, entregándose entonces a largos monólogos en alta voz, que con frecuencia llegaban hasta el vecindario, y durante los cuales su justa indignación profecía atrocidades contra los gobernantes y se lamentaba de haber expuesto la vida en cien combates, en defensa de un partido que cuando llegaba al poder le daba prelación a los pacifistas, a los que no habían conocido el olor de la pólvora y de la sangre, sobre quienes pelearon y sufrieron, y ganaron las verdaderas victorias, las auténticas.

¡Cuán tremenda y colérica y maldiciente, resonaba en tales momentos la voz del Coronel Dámaso

Manofuerte, lanzando sus imprecaciones espantosas y sarcásticas sobre la turba civilista, leguleya y aca-paradora, oportunista e intrusa, que pretendía pelear exclusivamente y llevar cómoda vida, mientras los hombres como él vegetaban obscuramente, olvidados y menospreciados, en irrisorio matrimonio con la miseria!

Con todo, encontraba cierta consolación y alivio en el inofensivo ejercicio de recordar sus hazañas, lo que hacía en forma de largos relatos llenos de vida y de color, para lo que jamás le faltaba atento auditorio. En la botica, en el escaño del parque, en el saturado estanquillo de la renta de licores, en donde se presentaba oportunidad, allí levantaba el Coronel su habitual tribuna de narrador de sus aventuras guerreras. Se le oía siempre con interés, porque su lenguaje era pintoresco y enérgico, salpicado de comentarios imprevistos, y con salidas desconcertantes en ocasiones. Sobre decir que el Coronel era invariablemente el héroe de cada episodio. Y tenía la peculiaridad de que cuando se nombraba, no lo hacía en forma directa, en primera persona, sino que parecía referirse a otro, a un tercero. "En esta emergencia, el Coronel Manofuerte decidió. . ."

Si enfermaba, o no podía salir de casa por los achaques, congregaba a la familia, o parte de ella, para que le sirviese de auditorio. Su mujer, añosa ya como él, conocía al dedillo sus hazañas, de tanto escuchar el relato. A veces, no estando ella por cualquier circunstan-

cia, era la servidumbre, integrada por una sirvienta única que hacía todos los oficios, la que le oía. Pero, sin duda, su mejor auditor era Manuelito, un hijo tardío que tuvo el matrimonio, y que constituía el último y solo vástago de aquel árbol antaño vigoroso, pues los demás habían muerto todos.

¡Piénsese cómo sería el amor del fiero guerrillero por ese retoño que le quedaba, como postrer vislumbre de esperanza, como renuevo de su fe, y como símbolo de supervivencia entre el naufragio de su estirpe! Manuelito venía a ser, pues, como débil puente tendido sobre el oscuro foso que separa lo pasado de lo porvenir; lo mismo que frágil lazo de unión entre los heroicos recuerdos y los vagos sueños para el futuro. Hé aquí por qué el paternal afecto tocaba los propios linderos de la adoración, y encontraba sus complacencias mayores en la mal oculta ternura que el hijo le inspiraba.

Recordaba el Coronel, con orgullo, el íntimo gozo que sintió cierto día memorable, cuando habiéndole llevado a Manuelito como regalo de Nochebuena casi un arsenal de juguetes: espada de latón, fusil de madera, un flamante kepis de sargento, una caja que contenía tambor y corneta, el niño saltó a su cuello para agradecerle el regalo, y se colgó en seguida todo aquello del cuerpo, con aire tan marcial como si de veras fuese un soldado disponiéndose para marchar al frente de guerra. Ah, y de qué manera atronó la casa durante tres días enteros, yendo y viniendo en conti-

nuas marchas, y ensordeciendo a sus moradores con el estridente són del clarín y el ronco golpear del parche.

Ahora estaba allí también, cerca del escritorio, sentado sobre la raída alfombra, muy entretenido en disponer una batalla de soldaditos de plomo, y alternando las órdenes de mando con los toques de corneta y la onomatopeya de los disparos. Tan absorto y entusiasmado estaba en el juego, que no podía percatarse de que su padre, perturbado por el ruido que hacía, no acertaba a darle el deseado remate a la referida carta de agravios.

Por fin, dirigiéndose a la criatura, el Coronel le dijo con su tono más afectuoso:

—Vete a jugar al corredor, Manuelito. Así podrá concluir este trabajo.

Dócil y comprensivo, cual si obedeciera una orden militar, el niño se levantó, recogió sus muñecos, y, cuadrándose en seguida hizo un saludo con la mano junto a la sien, a tiempo que exclamaba:

—A sus órdenes, mi Coronel.

Dio media vuelta automática, y salió de la habitación, a paso de marcha, mientras el guerrillero movía la cabeza sonriendo, estremecido el corazón de orgullosa esperanza.

Tres días después, un domingo al atardecer, el Coronel Manofuerte presenciaba desde la ventana del

cuarto la escena de un simulacro bélico, que lo hizo suspirar hondamente. En el patio interior, que tenía algo de jardín también, Manuelito había organizado con sus amiguitos del vecindario una pequeña contienda armada. Divididos en dos bandos, los unos con palos de escobas, listones de carpintería y varillas metálicas, los otros con estacas, bastones viejos y trozos de leña conseguidos en la cocina, empeñaban a són de gritos de combate y de ruidos ensordecedores, la más encarnizada batalla campal. Cambiaban a cierta distancia proyectiles inofensivos, y se amenazaban con las improvisadas armas, sin llegar al cuerpo a cuerpo, con lo que la acción resultaba más verbal y aparente que material y real.

Manuelito era el General Bolívar, y el jefe contrario el General Barreiro, pues lo que se representaba era la batalla de Boyacá. Así, cuando la cosa concluyó al fin con la derrota del último, los soldados de Manuelito iniciaron un corto desfile, llevando con ellos a los prisioneros, mientras gritaban a voz herida:

—¡Viva el General Bolívar!

Algo había de ensombrecer, no obstante, el triunfo de Manuelito, como para recordar que todo en la vida es relativo, y que las mayores dichas y glorias suelen ir acompañadas de pesadumbres o reveses. Habiéndose encaramado en la rama de un mango que estaba a su alcance, con el objeto de recibir mejor la ovación y arengar desde allí a sus soldados, la rama

crugió de improviso, y se rompió, viniéndose al suelo el niño, donde quedó tendido e inmóvil.

De allí lo levantó el Coronel, entre el silencio del corro que se formó a su alrededor, y que parecía un círculo de estupor y de horror, mudo y doliente, como si la inocencia se pasmara ante la inesperada mueca del destino. Lo acostaron sin conocimiento, en su pequeño lecho. En ese sencillo y pobre lecho de niño, que iba a ser también su último lecho tibio, porque lo esperaba otro, frío y quieto, y sin bordes sobre la vida, de donde no se incorporaría nunca más.

La noche postrera, que fue la de la fiebre más alta, Manuelito recobró transitoriamente el conocimiento, pero para caer en el delirio. A juzgar por lo que decía, iba a penetrar en la muerte con todo su equipaje de cándida ilusión de niño, con su carga de rosados sueños, y, sin duda también, con su glorioso cortejo militar.

Entre sus padres, algunos amigos de éstos y el apretado grupo de los compañeritos de juego que rodeaban la cama, se había enderezado a medias, y con las pupilas brillantes, la diestra levantada, y los ardorosos labios estremecidos por las palabras de mando, arengaba a sus imaginarios soldados:

¡Adelante, muchachos! ¡Firmes! ¡Duro contra el enemigo!

Después se fue desmadejando sobre las almohadas que humedecía la frente sudorosa, y se quedó

tranquilo, hierático, con los ojos extrañamente quietos, y una sonrisa de triunfo congelada en los labios que empezaban a palidecer.

El Coronel Dámaso Manofuerte se volvió de repente hacia los otros niños, y con voz grave, levemente alterada, de un raro timbre en que palpitaban su orgullo y su dolor, pronunció estas palabras:

—¡Muchachos... se nos fue... se nos fue nuestro querido General!

Y como a tal, sus compañeritos le rindieron los últimos honores. Vistieron su cuerpo con el lujoso uniforme correspondiente a su grado, le ciñeron al cinto la fulgurante espada. Y uniformados ellos igualmente, y formados en doble fila que avanzaba con paso marcial, condujéronlo hasta la última trinchera.

Siguiendo el cortejo, hundido en mutismo taciturno, el Coronel Manofuerte, con la mirada perdida a lo lejos, parecía evocar sus recuerdos. El tampoco podía faltar en el homenaje simbólico y cariñoso: por eso, además de su corazón lacerado, iba también allí su apolillado uniforme de guerrillero, llevado con la misma arrogancia que en sus mejores tiempos de lucha.

---

## INTRUSO

Jacinto Mendoza se levantó a abrir la puerta del departamento, y haciéndose a un lado con mucha cortesía y una ligera reverencia invitó al visitante a que entrara y tomara asiento. La habitación en que estaban servía a la vez de recibidor y despacho, pues además de los muebles acostumbrados podía verse allí un pequeño escritorio y una vitrina para libros. Como la mañana se iniciaba apenas, no se había vestido del todo, sino que llevaba vistosa y flamante bata, con gruesos cordones.

—Dispéñeme —advirtió el recién llegado, con sonrisa melosa y descaradamente agradable—; es muy temprano aún, pero quise aprovechar el día porque tengo muchas cosas que hacer.

—No se preocupe usted, señor Angarita; sé muy bien que es persona ocupada, y que su tiempo vale tanto como el de cualquier hombre de negocios.

—Negocios, ah, negocios... ¡Y qué malos estuvieron este año! A propósito: olvidaba felicitarlo, y desearle que el que comienza le traiga mucha prosperidad. ¿No estamos a primero de enero?

—Estamos apenas a treinta y uno de diciembre —rectificó Mendoza con placidez—; pero es casi

lo mismo. Agradezco sus buenos deseos, y los correspondo.

Tras de breve pausa, y considerando acaso que no debía limitarse a la teoría, entró al aposento contiguo, de donde volvió con una botella y un par de copas cuya sola presencia hizo brillar los ojos de Angarita.

—Supongo —dijo éste mientras paladeaba el licor— que seguirá usted ocupando el departamento. ¡Cuánto me agradaría, pues ha sido un inquilino tan correcto y cumplido!

—Lo tomaré por todo el año, señor Angarita. Pero no es esto todo: le pagaré anticipadamente el valor del año.

El propietario, que en tal preciso momento iba a tomar un nuevo sorbo, pues tenía el hábito de beber despacio y relamiéndose, como cualquier sibarita, detuvo la copa antes de llegar a sus labios, y preguntó con la voz un tanto trémula:

—¿Todo el año dice? ¿o fue que le oí mal?

—Le daré ahora mismo el dinero.

—Pero... ¿no pretenderá usted algún descuento?

—Ninguno, señor Angarita. Puedo hacer este desembolso sin que ello me implique dificultades. Por

otra parte, obtendremos así un común beneficio: que no tenga yo que preocuparme más por los alquileres, y que se evite usted los cobros periódicos. ¿Le parece bien?

—Excelente, excelente —exclamó Angarita, con repentino buen humor y frotándose las manos ásperas y pañosas, mientras Mendoza lo contemplaba con cierta curiosidad afable y sorprendida.

Cuando el propietario se marchó, acabó de vestirse, lo que hizo con mucha meticulosidad, lanzándose enseguida a la calle. Ese final de año, último día de diciembre, seco y radiante, parecía estar impregnado de la contagiosa alegría que llenaba el espíritu de las gentes. Algo semejante a un fluído cordial y tonificante envolvía a personas y a cosas. Acaso había invisibles campanillas en el ambiente, porque todo daba señales de estremecerse bajo ocultas influencias de misteriosa musicalidad.

Jacinto Mendoza sentía el alma liviana y contenidos ímpetus de compartir con alguien, con cualquiera, el júbilo que lo saturaba. Pero, ¿por qué estaba tan alegre? No hubiera podido explicarlo él mismo. Su natural bondad desbordábase, ahora como todos los días, y acaso sin motivo o razón alguna aparente. ¡Cuánto optimismo rezumaba su espíritu! El mismo que le hacía ver siempre las cosas por el lado mejor, y encontrar justificación para cuanto es o parece absurdo o ilógico.

No tenía familia, lo que lo llevó a pensar un momento en que su existencia carecía evidentemente de ciertos estímulos. Su condición de soltero le privaba, por otro lado, de los alicientes del hogar. ¡Ah, el hogar! Hacía muchos años que vivía solo, llevando esa vida apacible y ordenada de los hombres sin vicios y sin pasiones, sin problemas y sin conflictos. Vivir sosegado y grato, en verdad, pero que ofrecía la apariencia de esos jardines silenciosos colmados de flores suntuosas y sin perfume, y a donde nunca llegan las brisas ni los rumores de la naturaleza.

Entró en un bar, y junto al mostrador, sin sentarse, ingirió una copa grande de oporto. Luégo volvió a salir, pensando en que ese día y el siguiente no iría a comer al hotel sino que lo haría en algún restaurante de lujo. Esa noche cenaría, además, en cualquier sitio excepcional.

¿Por dónde andarían ahora los dos o tres amigos con que contaba, y que veía de cuando en cuando? Con seguridad habrían ido fuera de la ciudad, al campo o a otros lugares, o estarían hundidos por completo en las delicias del recogimiento familiar. Se encogió de hombros. Bah, no se podía contar con ellos en esos días.

Cuando, casi a la una, iba a traspasar el umbral del restaurante, se detuvo de improviso para mirar a un hombre apoyado contra el marco de la puerta. Vestía mal, con cohibida pobreza, y su aspecto desfa-

llecido delataba hambre y cansancio. Con rápida ojeada Mendoza midió la magnitud de aquella miseria. Ropas raídas y sucias, calzado roto y deformado, pelo crecido. Entre las cuencas pronunciadas, las pupilas febriles parecían ascuas sobre el rescoldo.

El individuo lo miró fijamente, sin hablar. Tal vez no tenía fuerzas para pedir, o la vergüenza lo paralizaba. Comprendiéndolo así, Mendoza le dirigió frases amistosas mientras le tendía la diestra ofreciéndole disimuladamente un billete.

No pudo entender lo que farfullaba, acaso torpes palabras de gratitud. Dio enseguida unos pasos, para entrar en el restaurante, pero de repente se devolvió, movido por imprevista idea.

—Oiga usted, amigo —le dijo con amabilidad—: voy a almorzar, y no tengo compañía. ¿Le agradecería entrar conmigo?

El sujeto lo contempló con profunda perplejidad. No supo qué responder al punto, y su ostensible desconcierto no dejaba dudas de que se debía sentir en alguna de esas alternativas curiosas en que no es posible precisar si nos encontramos ante un loco o ante un bromista rematado.

—Si quiere venir... —insistió Mendoza—. Por lo demás, no se preocupe. Aquí mismo puede bañarse y arreglarse un poco, mientras se provee mejor de vestido,

El hombre vaciló un poco aún. Pero resolvió al fin seguir a su providencial invitante, lo que hizo con el aire patético de quien se resigna a su destino.

\*

\* \*

Jamás imaginó Jacinto Mendoza que el inesperado encuentro de fin de año, y ese singular convite que le sugirieron sus generosos impulsos, iba a ser el comienzo de una nueva etapa de su modesta vida. Lo cierto es que desde aquel mismo día memorable, Felipe Serrano, el invitado ocasional, se fue convirtiendo insensiblemente en compañero asiduo e inevitable. Sus visitas llegaron a ser diarias, y hasta matutinas y vespertinas. Una especie de aguda afición por Mendoza debió de haberlo acometido, porque daba la sensación finalmente de no poder pasar muchas horas sin verlo. ¿Agradecimiento? ¿Simpatía espontánea? ¿Necesidad de esa amistad cordial y bondadosa que la suerte le deparó?

Felipe Serrano contaba alrededor de treinta años, diez menos que Jacinto Mendoza. Su temperamento era algo apático, hasta el punto de que se confundía en ocasiones con cierta indiferencia flemática. Pero tenía a la vez la sensibilidad enfermiza y variable, y la inteligencia lúcida y poco común. Su salud era mediocre ordinariamente.

El trato constante le permitió a Mendoza apreciar que poseía alguna ilustración, debida acaso a las lec-

turas más que a serios estudios. Pudo igualmente saber así algo de sus antecedentes: que tampoco tenía familia, que venía buscando en vano trabajo hacía muchos meses, que había pasado dificultades y privaciones sin cuento. Serrano era locuaz, imaginativo, insinuante y simpático; pero un sedentario completo. En sus interminables visitas se tendía sobre el sofá, y hablaba y hablaba, en inmovilidad ejemplar, horas enteras. Y Mendoza se divertía escuchándolo, aun cuando a ratos se fastidiase también.

Le había obsequiado primeramente un par de trajes casi nuevos, con su correspondiente calzado y demás avío. Los cigarrillos eran de uso común, o para el de Serrano, mejor dicho, pues aquél no fumaba casi. Fuera de esto, Mendoza tenía que atender a ciertas pequeñas exigencias de su amigo y favorecido, quien por su parte sabía formularlas en términos tan persuasivos y discretos, y a veces tan ingeniosos, que hacían imposible toda negativa.

—¿Tienes unos centavos allí, Mendoza? —inquiría de pronto, hablándole familiarmente y con el aire del más perfecto apuro pintado en el semblante—. Pero no vayas a pensar que se trata de algo importante. La cosa no vale la pena. Unos centavos nada más.

Como tales urgencias eran frecuentes, se vio obligado a apropiarse una partida mensual en su presupuesto personal.

En otra ocasión, la tarde de un sábado, como Serrano se presentara en el departamento en deplorable estado de ánimo, hasta el extremo de que parecía una elegía encarnada, Mendoza lo interrogó alarmado:

—¿Qué te pasa? ¿Se te murió algún deudo?

—Bien sabes que no —dijo Serrano con acento funeral—.

Se tendió sobre el diván, callado y taciturno. Pero se incorporó en el acto, y permaneciendo sentado, agregó con la cabeza entre las manos y los codos sobre las rodillas:

—Me he quedado en la calle. . . Ahora, ¿qué voy a hacer?

—¡Cómo! ¿Te han desahuciado?

—No es eso propiamente. Pero le quitaron la pieza a un amigo que me permitía dormir allí. Es terrible, ¿comprendes?

No pudo contener la risa Mendoza, viendo la expresión desolada de su amigo y apreciando los cómicos aspectos del dramático caso.

—Bueno —habló por fin, dejándose llevar de sus sentimientos—, la cuestión no es irremediable; te vienes a vivir aquí conmigo, y problema resuelto. Puedes traer inmediatamente tus muebles.

—¿Mis muebles? Si es por eso, me parece que ya estoy trasteado. Todo mi ajuar lo llevo encima.

Sobra anotar que el bueno de Mendoza hubo de hacerle frente a la situación, apropiando otra partida extraordinaria para la compra de un catre, que era lo esencial. El acomodo fue sencillo y rutinario, pues se destinó el recibidor para que durmiera. Así quedó instalado, como en su propia casa, el afortunado Felipe Serrano. Y así comenzó también la segunda etapa de esta aventura.

\*

\* \*

Transcurridas pocas semanas, y como la presencia del catre en el recibidor y despacho ocasionara incomodidades, se resolvió que en lo sucesivo dormirían ambos en el mismo aposento contiguo. Serrano estaba encantado de la situación, y más que de ello, de la complacencia de Mendoza, quien accedía a todas sus indicaciones. De hecho, era él quien lo dirigía ahora todo y tomaba las iniciativas.

No había tenido Mendoza, justo es decirlo, motivo para mortificarse o sentirse supeditado, pues su compañero y amigo sabía hacer las cosas: le pedía opinión, cuidaba de no traspasar los límites de una prudente libertad, y por ninguna causa hubiese dado lugar a que se pensara que iba más allá de las conveniencias. Su índole bondadosa y tolerante lo llevaba, por otra parte, a Mendoza, a disculpar cualquier exceso o indiscreción, y a no atribuirle jamás a los actos de Serrano móviles mal intencionados.

Pronto, no obstante, empezó a notar con alarma que éste, acaso por efecto de la misma familiaridad y confianza que los unía, iba abrogándose derechos y tomándose facultades, tal como si fuera el propio dueño y señor del departamento y de cuanto allí había. Observó, por ejemplo, que tenía qué esperar a que Serrano desocupase la bata de baño y algunos otros objetos de su uso personal; que sintonizaba el radio a cualquier hora, como si no estuviese él allí presente; que pasaba sentado horas enteras en su escritorio, sin la menor preocupación de que Mendoza pudiera necesitarlo para cualquier trabajo. ¡Los apuros en que se veía éste cuando le urgía despachar alguna correspondencia, y no encontraba los términos adecuados por su cortesía y discreción, para insinuarle que tomara otro asiento!

Ordinariamente, había de esperar a que Serrano leyese el periódico de cabo a rabo, para poder él informarse. Y hasta llegó a ocurrir que una noche que se llevó aquél la llave, y éste se vio obligado a salir, hubo de esperar largas horas a que regresara de la calle.

Cuando Mendoza se dio cuenta de que Serrano no se preocupaba ya en absoluto de él, acaso porque tuviese la convicción de que nada diría, o lo toleraría todo pacientemente, comprendió también que las cosas se hallaban muy avanzadas y que sería difícil, si no imposible, modificar tan extraña situación. Cierito es

que tenía motivos suficientes para reclamar, o llamarlo al orden, y hasta para enfadarse seriamente por aquella especie de incautación de su autoridad y sus derechos, y ese desconocimiento inaudito y práctico de su categoría de dueño y señor; pero ¿cómo y en qué forma hacerlo, si con ello pugnaban fuertemente su natural bondad, su gentileza y cortesía, y un vago escrúpulo de conciencia que no le permitía olvidar que, a pesar de todo, Serrano seguía siendo su huésped?

En su fuero interno, Mendoza cavilaba, y hasta sostenía largos monólogos silenciosos en los que analizaba la situación, sin hallarle remedio, y en ocasiones indignándose contra su amigo. ¿No era todo aquello un abuso? ¿Es que no tenía Serrano sentido alguno de la discreción y las conveniencias? ¿O es que suponía o pensaba de veras que podía disponer allí como amo y dueño absoluto?

Como Serrano hubiese adquirido la costumbre de leer acostado, hasta muy tarde, Mendoza se vio obligado a alterar sus hábitos, permaneciendo levantado en el escritorio, o retrasando la hora de buscar el lecho. Cierta noche que se recogieron temprano, Mendoza, muy cansado, deseaba dormir, sin que pudiera hacerlo por causa de la luz encendida. Su amigo leía con profundo interés, no dando señales de pensar en apagar la bombilla.

—¿Qué hora es? —preguntó de pronto Mendoza.

—Presumo que son cerca de las doce —dijo Serrano, volviendo a hundirse en la apasionante lectura.

¡Ah, si fuera capaz de decir las cosas como lo pensaba! ¡Si tuviera el valor de gritar su enojo y su protesta, sin causarle ofensa ni humillación a aquel bárbaro! ¿Qué le impedía encolerizarse, y hacerle ver con palabras precisas y contundentes la realidad de su execrable conducta?

Tosió dos o tres veces con ostensible intención de censura; y luégo, con súbita decisión, se levantó del lecho haciéndolo crujir aparatosamente. Se acercó al lavamanos para asearse las manos con gran ruido. Hizo sonar una silla, y por último dio algunas zancadas por el cuarto.

—¿Qué te sucede? ¿Estás desvelado, o nervioso? —inquirió Serrano con sorprendente placidez.

Sin contestar, Mendoza se dedicó a hacer nuevos ruidos, a cual más extravagante y desagradable.

—¡Déja esa bulla, por Dios, que no puedo leer! —suplicó Serrano.

Mendoza se volvió entonces hacia él, como si acabara de ser picado por una víbora.

—Míra —exclamó furioso— tú... tú... Tengo qué decirte...

—¿Qué? Dilo ya, pues, y no te alteres de ese modo. ¿Qué es lo que deseas decirme?

—No, nada —repuso Mendoza reaccionando súbito, y como avergonzado—. No tiene importancia lo

que te iba a decir. Buenas noches. No olvides apagar la bombilla.

Se metió en seguida bajo los cobertores.

Talvez Serrano comprendió, o estaba fatigado ya, o sentía sueño también, porque casi a continuación torció el botón de la lámpara, quedando en tinieblas.

\*

\* \*

Una semana más tarde Mendoza se encontraba en la calle con Angarita.

—¿De modo que me entrega usted el departamento?

—Así es, señor Angarita. No tengo más remedio que entregárselo. Necesito instalarme de otro modo, y con mayor amplitud.

—Pero... ¿y los anticipos hechos? Hay un contrato por un año, y faltan todavía algunos meses. ¿No pretenderá usted que le devuelva...?

—De ninguna manera. Quédese usted con eso, que es suyo. Debo advertirle, sí, que quedará allí un individuo a quien le hice cesión de mis derechos. Es persona excelente, se lo aseguro, y si bien es verdad que no estoy autorizado para subarrendar, confié en que usted no tendrá objeción qué hacer, estando pagados los alquileres.

---

## GUAPEZA

De un violento tirón de riendas, el jinete hizo parar en seco la bestia, cuyos cascotes sonaron sobre el empedrado, que brilló como chispa de pedernal. Se apeó de un salto, y ya de pie junto al acezante animal de espumosos belfos, se pudo ver que era mozo de recia estampa, estatura más que común y piernas un poco arqueadas, por el hábito de cabalgar acaso.

No entró esta vez en la licorería, como en otras ocasiones, subido sobre la propia montura, tal cual solía hacerlo, atropellando lo que hallaba a su paso y sin que le importase un bagazo los daños que pudiera causar. Y si no lo hizo no fue precisamente por consideración al pobre tendero, ni por pizca de civismo, que desconocía por completo, sino porque, debido a trabajos de composición de la calle, abrieron una zanja en la acera, la que había que salvar por ancho tablón tendido sobre ella, a modo de puente.

En el interior de aquella especie de taberna de pueblo, hablaban y bebían varios parroquianos, sentados en torno de pequeñas mesas. Un gran mostrador separaba la estantería del público, y detrás de él, grave y atento a su negocio, el dueño permanecía de pie, los sentidos vigilantes.

—Echame un trago doble, Jerónimo —mandó con voz retumbante el recién llegado, apoyando un codo sobre el mostrador, a tiempo que su mirada se paseaba insolente y provocadora por el recinto.

Quienes estaban allí aparentaron no darse cuenta de su presencia, si bien las conversaciones bajaron de tono al punto. Se adivinaba sin esfuerzo que todos aquellos hombres debían conocerlo por lo menos, y que tenían bien desarrollado el instinto de la prudencia.

—¿De dónde viene, Cuncio? —inquirió el cantinero con afectada voz de amigote, mientras le servía lo pedido. Notábase que lo hacía con respeto, no obstante que muchas veces el sujeto se iba tranquilamente sin pagar.

—De todas partes, y de ninguna, patrón.

—¿Y hacia dónde va ahora?

—Pues me parece que hacia adelante, no hay duda.

Un rumor parecido a preludio de risa lo hizo volverse vivamente en dirección a los demás parroquianos.

—¡Qué! ¿Hay por ahí alguno a quien no le sonara lo que dije?

Como no respondiera nadie, Cuncio cogió un tiple que colgaba a su alcance, y cantó con tono de reto:

**Soy el guapo de estos barrios,  
cojo un cuetón en el aire,  
la autoridá me respeta,  
y a mí no me ronca naide.**

Lo aplaudieron, serviles, porque lo ciérto es que aquel mocetón, rijoso y agresivo, de atravesada mirada y aspecto fiero y estudiadamente dramático, gozaba de una reputación negra e impresionante. A nadie le constaba ninguna de sus hazañas, nadie hubiese dado razón cabal de las terribles fechorías que se le achacaban; pero todos y cada uno parecían abrigar la perfecta convicción de que Cuncio Trancona era hombre capaz de todo, inclusive de negociar con Satanás, con tal de salir adelante en sus propósitos. Se le atribuían crímenes vagos y horrendos, mal corazón y una crueldad sin antecedentes.

Por otra parte, existía la impresión general de que las autoridades lo toleraban por ser individuo útil en la política de sótano, obscura, vergonzante e inconfesable. Una especie de ficha electoral, mejor dicho.

\*

\* \*

Entre los parroquianos de Jerónimo figuraba un raro sujeto que se sentaba siempre aparte, cual si quisiera eludir toda forma de trato. No hablaba nunca, salvo lo indispensable para pedir servicio; y aun en-

tonces lo hacía con secos y expresivos monosílabos. La gente, que al principio se sintió intrigada por la presencia de aquel personaje silencioso y enigmático, venido nadie sabía de dónde, acabó por acostumbrarse a lo que creyeron una manía inofensiva y extravagante. No se ocuparon más de él.

Habían logrado averiguar, con todo, que su apellido era Montijo. Fuera de esto, y de que vivía modestamente en un hotelucho del lugar, nada más sabían, y lo demás no pasaba de conjeturas y leyendas.

El tal Montijo llegaba religiosamente a la licorería, tres veces por semana, permanecía una hora exacta, de seis a siete de la noche, y se retiraba. Su libación era invariable: un par de copas que paladeaba despacio, sumido en sus pensamientos, y siempre como ausente de allí.

En cuanto a su figura, era sorprendente: de escasa estatura, muy tostado de piel, algo canoso; pero tenía la mirada aguda, la voz pausada y con un extraño timbre de imperio, y daba la impresión singular de llevar bajo la epidermis piezas metálicas en lugar de huesos.

Eran algo más de las seis de la tarde de aquel sábado cuando Cuncio entró en la taberna, completamente borracho. Sobre el costado le caía, prendido al cinturón lleno de cápsulas, el enorme revolver. Lle-

vaba en la diestra el pequeño látigo con que azuzaba la montura.

Hizo su ruidosa entrada dando traspiés, vociferando, golpeando sobre los muebles con los puños cerrados. En los ojos tenía fiera expresión de amenaza y encono.

Dejándose caer sobre un banco, gritó iracundo:

—¿Fue que te volviste sordo, Jerónimo? ¿No te he pedido un trago?

—Pero si acaba de llegar, Cuncio —explico el cantinero corriendo a servirle.

—No, mientes. Es que estás sordo como una vieja. Te había pedido un trago.

—Sería que no oí. . .

Cuncio bebió, respiró ruidosamente y volvió a hablar:

—Repito que te lo pedí. Y si no, que lo digan éstos. . .

Se levantó con brusquedad, avanzó algunos pasos, y plantándose delante del parroquiano más proximo, lo interrogó con aspereza:

—Eh, diga usted, amigo: ¿no le había pedido un trago a este bruto?

Temeroso, el interpelado contestó evasivamente. Entonces Cuncio lo sacudió por los hombros, sin miramiento alguno, poco satisfecho de su respuesta. El

otro no intentó reaccionar siquiera. Rió estúpidamente, tratando de salir lo mejor librado.

Pero Cuncio era terco y estaba en ánimo de camorra. Siguió, pues, su arbitrario plebiscito, de mesa en mesa, repitiendo su necio interrogatorio y asendereando a los intimidados parroquianos. Cuando llegó a la mesa de Montijo, que rumiaba sus pensamientos en un rincón, y reiteró su cuestionario, el enigmático sujeto no se dignó mirarlo siquiera.

—Eh, ¿no ha oído, buen hombre?

—¿Qué desea usted? —respondió éste por fin, mientras las miradas de todos los allí presentes se volvían hacia ellos, ávidas y curiosas.

Su voz había sonado lenta y glacial y con imperio desconcertante.

—No me gusta repetir las preguntas, amigo. Y estoy aguardando su respuesta.

Montijo se encogió de hombros, como si se despreocupara de él.

Tal como hiciera con los demás, Cuncio lo sacudió rudamente por los hombros, a tiempo que le gritaba una frase insultante.

Fue entonces cuando ocurrió lo inesperado: porque Montijo, sin que se alterara una sola línea de su atezado semblante, se levantó con lentitud y, ante el asombro general, sin pronunciar palabra alguna, ases-

tó un golpe tan certero sobre el rostro del agresor, que éste cayó pesadamente contra el piso de la taberna.

Entre el corro de bebedores que se formó en el acto en torno de los dos hombres, Cuncio Trancona se incorporó de nuevo, furioso y fatídico, mientras con mano temblona buscaba el revólver. Se le vio levantar el brazo para disparar; pero antes de que pudiera hacerlo, Montijo le asestó un segundo golpe, tan violento y tinoso que su contendor volvió a rodar sobre el piso.

Rápido, con agilidad que nadie sospechara, se abalanzó enseguida sobre él y lo desarmó en un segundo. Luégo volvió a ocupar su asiento, como si nada hubiera pasado allí.

Transcurridos algunos instantes, Cuncio se alzó trabajosamente, sacudiéndose el polvo de las ropas; fue hasta el mostrador, donde pidió otro trago que se tiró al pecho con rabia; y luégo, despacio, con los ojos llenos de odio y venganza y los labios apretados, se dirigió a la puerta.

Desde allí, volviéndose un momento hacia el interior, entre maldiciones y juramentos, profirió sus últimas amenazas:

—¡Por mi madre que con ésta no he de quedarme! Ya me la pagará. . . Ya me la pagará. . .

---

## DESTINO

Mientras en la oficina de ensayos Cardona, el copelador, prepara las dos o tres barras de oro fundido que constituyen el despacho de cada semana, para enviarlas a la Casa de Moneda de la ciudad, Pedro Zuluaga, el remesero, espera afuera, dándoles la última mano a los preparativos de marcha. Del caserío minero circundante, enclavado milagrosamente en las laderas de la áspera y quebrada cañada, llegan hasta él los ruidos sordos de los molinos que trituran el mineral, incansables y monótonos.

El calor es violento. La faz rubicunda del remesero, nativo de la más pura montaña, brilla con luces de espejo por el sudor que le humedece la piel, mientras apura diligente el aparejo de las acémilas empapadas como él y ansiosas de emprender camino. Pedro Zuluaga es mozo de cepa recia, ágil, valiente, y se le ve el orgullo de su oficio y la conciencia de su responsabilidad. Hace cinco años trabaja con la compañía explotadora de aquella mina, llevando y trayendo barras fundidas de metal, gruesas sumas de dinero y artículos de diversa índole. Su exactitud, su lealtad, su diligencia, le valieron la confianza absoluta de los jefes, así como el aprecio de los compañeros de trabajo y de las gentes de aquellos contornos en general. Todo

el mundo lo conoce, y su probidad y su seriedad son ejemplares.

Lo que ha ganado en varios años de honrado servicio le permitiría vestir bien, calzarse mejor, darse ciertas comodidades; pero Zuluaga es hombre de determinados principios morales y económicos, muy previsor y calculador, y con sorprendente sentido común. Por eso, si de un lado le agrada mayormente permanecer ataviado con sus ropas comunes de arriería: el atuendo clásico de las personas del oficio, piensa por otra parte que ha de ahorrar lo bastante para poder cumplir el sueño que lleva en la cabeza desde que conoció a Balbina Mejía, zagalona que anda triscando ya en algo más de los quince.

Por fin, recibidas en regla la correspondencia y las barras, bien asegurado bajo el mentón el barboquejo del suaza, debidamente atados los cordones de las alpargatas, Pedro Zuluaga se tercia sobre el mandil de arriería el pequeño poncho de hilo, se acomoda el carriel, y con un zurriagazo y una enérgica exclamación para que los animales echen a andar, inicia la marcha.

Aquellos son caminos casi de cabras: angostos, pedregosos y difíciles. Se podría decir que son caminos acróbatas. Sendas labradas por los cascotes mismos de las recuas que van y vienen. Trochas que mantienen la huella de los hombres duros, de las bestias duras y de los trabajos duros. Vías, en una palabra, propias y legítimas de la minería abrupta de las vetas. To-

avía en el lugar, el mozo se cruza con mineros y mineras sucios de tierra, de aceite, de caparrosa, vestidos precariamente.

En el límite del poblado, entrando en zona rural, se detiene un momento para tonificarse en la venta coa un doble trago de aguardiente. Paladea satisfecho, y piensa sin remordimiento que aquello no es derroche ni dilapidación, sino ritualidad necesaria para el más concienzudo desempeño de su misión. Y cómo no, cuando tal refrigerio le infunde valor y brío, y ánimos firmes para conducirse como es de ley y de reglamento.

Frente a él y la doble acémila tiéndese ya, larga e inquietante, la cinta del camino que lleva a la ciudad, término del viaje. A ratos avanza entre el tupido y doble muro del monte, vegetación silvestre a cuya sombra olorosa la ruta semeja ser un cauce seco, por la acción del recio verano. El cielo está limpio, claro y metálico como el acero azuloso. Y todo parece adormecerse bajo el opio enervante de un sol de modorra; todo, menos el instrumento de las chicharras, que cantan hasta el suicidio.

Hace varios horas camina, por delante las cargadas acémilas, siguiéndolas él bien asentado sobre su montura. De tiempo en tiempo algún grupo de arrieros, o cualquier viajero solitario, que peregrina en sentido contrario, se cruzan con él, cambiando saludos de circunstancia, o burdas bromas de colegas. Pero el

mayor trayecto valo recorriendo Zuluaga sin más compañía que la soledad, sin otro diálogo que el que puede ofrecerle el silencio. No teme, no, porque es valeroso y confía en sí mismo; mas no por ello deja de sentir inquietud, como le ocurre siempre que hace tal viaje de remesero. Nunca tuvo un percance, es cierto; y sin embargo, le agrada prevenirse en toda ocasión contra lo inesperado, porque sabe que lo que conduce y custodia para muchos puede valer más que una vida, mucho más que la insignificante y humilde vida de un remesero.

El hábito lo induce a palpar el afilado machete que le cuelga al costado, en trenzada y labrada vaina de lujo, prendido como hiedra en la ágil cintura; y a cerciorarse de que allí se encuentra también el revólver de nacarada cache, con todos sus cartuchos, listo para cualquier emergencia.

Pronto otros pensamientos le llenan la mente. Evocada con sencilla ternura de mozo enamorado, la imagen de Balbina Mejía acude a su memoria, se apodera de su ánimo, inunda como un aluvión su corazón sacudido por los recuerdos. ¡Ah, Balbina Mejía, la muchacha conturbadora que un día, nada más que con el maleficio de una mirada, lo aprisionó para siempre jamás en las redes de su voluntad de mujer! Entornando los párpados y en tanto que la cabalgadura avanzaba por su propia cuenta, fiel al instinto y a la costumbre, imaginaba verla materialmente, con toda su frescura de flor, con su singular encanto de beldad

campesina, ingenua y risueña y deliciosa en su dulce simplicidad de mujer casi adolescente.

Mecido, arrullado por tales visiones, Pedro Zuluaga se goza por anticipado buena parte de la felicidad futura, forjando proyectos y planes que luego compartirá con Balbina. Espera contar dentro de pocos meses con el dinero suficiente para adquirir una finquita de campo, cerca del poblado, y acaso también para emprender algún pequeño negocio por su propia cuenta, que le permita libertarse. Tiene ciega fe en el destino, y confianza en su personal esfuerzo. Mañana, —¿por qué no, si se siente fuerte para ello?— será tal vez un hacendado, un negociante en grande, un hombre rico, en fin.

Volviendo de improviso a lo más inmediato, se pone a cavilar en el regalo que le va a llevar ahora a Balbina, no bien se desocupe en la ciudad de la delicada misión que lo conduce. Ya se ve suspirando de alivio y satisfacción, tan pronto como efectúe la entrega de aquellas barras y aquella correspondencia sagrada, pesadas de por sí, pero que lo son mucho más porque las siente gravitar sobre él mismo, sobre su propia alma, con abrumador agobio. Entonces, aligerado y tranquilo, y alegre, volará, como otras veces, al albergue de la amada, a llenarse de la embriaguez de su presencia.

Sí, ya lo tiene resuelto: le llevará un primoroso corte de seda, y un lindo juego de abalorios para que

adorne su persona. ¡Qué seductora va a quedar con tales chucherías, y cuán orgulloso habrá él de sentirse viéndola así ataviada, lo mismo que las imágenes deslumbradoras de los templos!

El optimismo y la dicha que lo saturan en ese momento necesitan exteriorizarse con urgencia en alguna forma, que no puede ser otra que el canto. Se dispone, pues, a entonar con robusta voz la canción de su felicidad amorosa, y ha lanzado ya las primeras notas, apasionadas y vibrantes, cuando siente una cosa dura y punzante que lo golpea con violencia en uno de los muslos, a tiempo que hiere sus oídos el ruido seco de un disparo. A la sorpresa sigue un dolor agudo, que lo inmoviliza sobre la silla. ¡Qué grande, qué pesada siente ahora esa pierna que hasta hace apenas un momento ni sentía ni pensaba en ella! Experimenta también una extraña y caliente sensación de humedad, semejante a la que produce la lluvia repentina al caer sobre el cuerpo, en tardes de sol ardoroso y canicular.

Reaccionando súbito, Pedro Zuluaga se esfuerza por contener a los animales asustados, mientras que, entre maldiciones, busca el revólver con la diestra casi convulsa, para repeler el ataque. La cólera no le permite experimentar ya dolor alguno. Piensa únicamente en responder al cobarde asalto, en poner a salvo ese tesoro que le confiaron, y que en tal instante, en tan dramático minuto, sí vale tanto como su propia existencia, acaso más que ella, porque con su vida se

confunde la noción del deber y de su responsabilidad de hombre honrado.

Alcanza a disparar todos los cartuchos, uno tras otro, hacia el lugar de donde le pareció venir la agresión. Pero no ve a nadie, porque el paraje es tupido y sombrío por el apretamiento del monte. Con sobrehumano esfuerzo, desenvaina el machete entonces, y espera, presa de mortal ansiedad. Dos disparos más, salidos de la sombra, lo hacen vacilar y caer de la montura. Entre nieblas confusas, medio desvanecido, pero sin fuerzas ya para esgrimir el arma, ve salir en seguida tres hombres del matorral inmediato con escopetas y cuchillos. No puede distinguirlos, porque son como bultos informes, difusos, fantasmagóricos. Los siente aproximarse a él, escucha su diálogo incomprendible, le parece que alguien va a herirlo otra vez. Pero, sin duda, algo lo detiene, porque el esperado golpe no llega hasta él. Después, casi como un sueño, o en una pesadilla, mejor, se percata vagamente de que se alejan, llevándose montura y acémilas.

Zuluaga alcanza a pensar con extraña lucidez que aquella remesa ya no llegará a su destino. Le sorprende, no obstante, la impresión que tiene de que nada le importa en ese momento lo que hasta hace pocos minutos nada más llenaba su mente de remesero. Su pobre imaginación de hombre de confianza. No; ya no quiere cavilar en todo eso. Para su pensamiento sólo resta, en medio de aquel naufragio de su vida, el recuerdo, el recuerdo. La viva y tenaz idea de la mu-

jer que fue como la llama en cuyo torno se moviera la mariposa de su ilusión, la libélula humilde de su esperanza.

Tiene un corto delirio final, antes de hundirse por completo en la sombra. Balbina está a su lado. La ve, la siente, oye su voz acariciadora. Y la ve, toda ruborosa, cómo sonrío feliz, pasando los dedos sobre la suavidad de la seda, y acariciando con los ojos el brillo embaucador de los abalorios primorosos.

¡Qué dichosa que está Bilbina! ¡Y cuán alegre y satisfecho está él también a su lado, contento de realizar por fin el sueño de su vida!

---

## V E N G A N Z A

Al pie de la pelada loma, donde la falda se extiende en suave planicie, se alza la pequeña chacra de Benito Churquiza: un bohío pajizo, pobre y humilde como el dueño. Hacia la parte de atrás, a pocos pasos de la vivienda, comienza la sementera profusa, apretada y verdeante, que la caliente lumbre solar pinta con tonos amarillentos. Los linderos señálanlos cerros naturales de espino, con angostas brechas aquí y allá y que no son más que límites convencionales porque la parcela hace parte del común, o antiguo resguardo indígena.

Ruidosas e inquietas, en el patiecito se mueven algunas aves de corral; dos o tres cerdos se revuelcan en el oscuro barro del chiquero; y en un rincón, a la sombra del socarrén que ampara el angosto corredor, apisonado de tierra, parece dormir y soñar el perro cuidandero. Tal es la hacienda de Churquiza; su tesoro, su mayor bien sobre el planeta.

Tiene éste la estatura menguada, prieta la piel como el óxido de los metales comunes, los ojos astutos y pequeños. En el semblante, ni la menor pizca de barba. Un poncho largo y rayado le cubre casi por completo la figura desmedrada, de tan precaria estampa.

Como de costumbre, se ha alzado del pobre camastro al amanecer. Afuera el aire está fresco, casi frío, pero él no parece sentirlo. Una bruma difusa, nocturno cobertor de esos campos, persiste aún, mas se va desvaneciendo en seguida, con el tibio calor de la mañana invasora. Benito Churquiza vela sus ojos con la cobriza diestra, y se queda mirando largo tiempo el cielo clarísimo, el paisaje tranquilo, la vasta y serena lejanía.

¿En qué piensa? ¿Qué preocupaciones dominan su mente de hombre casi primitivo? El rostro impassible, la mirada enigmática, la actitud sosegada y acaso un poco indiferente, nada revelan, sin embargo.

—Benito— llama de pronto la voz de su mujer, desde el fondo de la cocina humeante—: ya está, hombre, pues, el bocao. Caminá.

Mientras trasiega al estómago la caliente bebida, y devora con avidez de roedor la torta de choclo, la mira al soslayo, con disimulada atención, curioso y socarrón a la vez. Es hembra fornida, de pelo lacio y espeso, más pequeña que él, pero con simétricas formas. Buena criatura, en fin, más propia, sin duda, para la procreación que para el amor.

Se agita con cierto afán de mujer hacendosa, sin percatarse de la inquisidora mirada de su marido, que le sigue los movimientos con tenaz insistencia, hurgando en su carne y más adentro de su carne, cual si pretendiera adivinar lo que hay en el escondido fondo,

en la oculta ánima evasiva. ¿Será verdad —piensa con flemática tranquilidad— que lo está engañando con otro? ¿Acaso con aquel Celedonio Usiacure, su taimado enemigo, su ave fatídica ayer, hoy, mañana y siempre, mientras continúe avecindado por allí, y algo peor aún, casi lindando su predio con el suyo?

Entre los dos hombres existe viejo rencor, que ambos procuran disimular, no obstante, para espiarse mejor recíprocamente. Se odian, pero cuidan de no demostrárselo. Es una enemistad que nació no sabían ellos mismos cuándo, ni cómo, ni por qué. Acaso espontáneamente, o por quisicosas; por trivialidades comunes. Alguna gallina que se pasó a picotear en la huerta del otro, algún cerdo que hizo daño insignificante en el cerco.

La verdad es que la aversión de Churquiza contra Usiacure no encuentra alimento ni estímulo en la cuestión aquella de la mujer. No, eso no fomenta su odio, ni sería lo bastante poderoso para conducirlo hasta el crimen. Porque, ¿qué es una mujer para él? Su mano no vertería, pues, sangre ajena por parecido motivo. Y sin embargo, le parece a ratos que en sus sentimientos se confunden el torcedor de la sospecha y la indefinible malquerencia que anida en el corazón contra Celedonio Usiacure.

—Ya mismo me voy para el lindero de abajo —dice de improviso, con intención maliciosa, y sin dirigirse expresamente a su mujer.

—¿Y qué pasa, pues, ahí, Benito?

—Hay un cerco dañado. Quién sabe si ese perro Celedonio. . .

Nada responde la mujer, que ahora rehuye la escudriñadora mirada. Churquiza ríe por dentro, desconfiado, despreciativo, quizá con extraña resignación de hombre fatalista. Y se marcha pausado.

\*

\* \*

La ha sorprendido, por fin, cierto atardecer, junto al remanso de la quebrada y bajo la sombra cómplice de alta mata de carrizos. Los ha sorprendido, mejor dicho, a ella y a Celedonio Usiacure, embebecidos en la obscura traición de su amor vedado. Pero Churquiza no se inmuta. Calla, y se aleja de allí con blandos pasos de raposa. Ahora ya sabe, ya. Y siente la satisfacción fría de saber, y hasta un diabólico regocijo de pensar que ellos ignoran que él lo sabe. Lo sabe, sí, lo sabe; y ellos no lo sospechan, ¿No hay en tal situación como una ventaja sobre ellos, y algo así como un motivo de superioridad sobre el solapado rival?

Cuando ocho días después topa con él frente a frente, en la encrucijada del camino que conduce al poblado próximo, lo interpela con calma:

—Y pues, Celedonio: ¿no vamos a hacer nada ese trato?

—¿Cuál, tú dirás, Benito?

—Dame el cerdo cebado que tienes en tu corral, y te daré yo las gallinas.

—¿Y qué encimas, pues, al negocio?

—¿Encimar? Me parece que no he de hacerlo. Has de darte por compensado con lo que te tomas de lo mío.

—Tú mientes. No soy un ladrón.

—Puede que lo seas sin saberlo. ¿Acaso mi mujer nada vale?

Celedonio Usiacure lo mira fijamente. Comprende. Ve que es inútil disputar. Pero permanece inflexible, terco.

—No hay negocio, Benito —repite al cabo, con resolución.

—Bueno —dice Churquiza;— no lo hay; pero dí mejor que no hay componenda. Y acuérdate que te la propuse.

\*

\* \*

Uno de aquellos días siguientes aparece muerto el cerdo cebado de Usiacure. Tendido con las patas al aire, y un desgarrón en el vientre, lo encuentra éste más allá del chiquero, casi junto a la linde de nopal. No acierta a explicarse cómo ocurrió la cosa, pero in-

tuye de dónde procede el artero golpe. Piensa en Churquiza con reconcentrada rabia, con odio que siente ya como un instinto.

Y el pensamiento del desquite toma aposento en su cerebro.

Deja pasar dos noches; y mientras tanto, ni se queja, ni protesta, ni muestra darse cuenta de lo sucedido. Su silencio parece sellar el acuerdo tácito de los hechos, que se equilibran por sí solos. Represalia, talión, emparejamiento de males sufridos por parte y parte. Con todo, Usiacure no admite que hay equidad. No puede haberla, puesto que él ha perdido un cerdo, en tanto que su contendor sigue teniendo la mujer.

A la tercera noche, una sombra callada se desliza en el cercado de Churquiza. El perro ladra, pero todo queda luégo en silencio. Es un paso furtivo y veloz, que no deja rastro. Lo deja, sí, porque al amanecer Benito Churquiza presencia otro drama: la muerte de todas sus gallinas.

Ahora van a quedar en paz. ¿En paz? A veces, y tal es el sentido profundo de no pocas grandes y pequeñas tragedias, la muerte es la única paz. La que aquieta definitivamente el tormentoso conflicto de las almas.

\*

\* \*

Porque ha transcurrido tanto tiempo, se podría pensar que Benito Churquiza se resignó a su triste

suerte. Ha vivido en sosiego los meses, como si olvidara por completo la afrenta que le infirió su enemigo, como si no recordara más el horrible daño que le causó con el asesinato de esas aves que significaban para él mucho más que una criatura humana. En su interior, la herida sangra constantemente. Y en las horas de soledad, el silencioso monólogo le fluye de los labios, lo mismo que surtidor de encono.

—Ah, maldito Usiacure. . . Si hubiera matado a mi mujer, nada dijera yo. . . ¿No me callé, pues, cuando los hallé como a perros? Al fin y al cabo, qué caray!, tan sólo se trataba de una mujer, aunque fuese la mía propia. . .? Pero, ahora, ahora. . . Esas gallinas que tanto cuidaba yo, porque me costaron tantos desvelos, y que con seguridad hubiera vendido con beneficio neto en el mercado. . .

Entretanto, ve crecer como dichosa promesa la sementera de Usiacure. La ve subir y prosperar, con delectación amorosa, con escondido y callado gozo. Horas enteras la contempla, sentado en lo alto de la loma, absorto en la visión voluptuosa que le procura. Y se refocila pensando en la alegría de Celedonio Usiacure, en su esperanza, en su íntima ilusión de lucro.

Así espera, paciente. Un día, por fin, la mies está en sazón. El sol tiñó con sus oros pálidos los tallos cargados; los barnizó con el color de una madurez morena y tostada, que les da apariencia de pan dora-

do. ¡Cuán hermosa está, como la doncella que tendieron sobre los campos su propia fatiga y la canícula!

Muy tarde, envuelto en la tiniebla nocturna, confundido con ella misma, acecha la chacra de su enemigo. Nada, fuera de rumores vagos y del intermitente grito de las lechuzas, rompe el limpio cristal del silencio campesino. Seguramente, todos duermen ya, confiados, con la conciencia puesta en el amanecer venturoso. Precavido y atento, con cautelosa marcha de serpiente, Benito Churquiza se desliza hasta el límite cabal de la sementera. Se mueve con tiento, amparado por la obscuridad, en los silenciosos afanes de una maniobra misteriosa.

Entre sus manos arde una pequeña chispa. En seguida brilla otra, y otras después, aquí y allá, como luciérnagas dispersas. Y de repente, retorcida por el aire vivo de la noche, la llamarada se alza, iluminando siniestramente el paisaje circundante. Ah, ya nada la detendrá; ninguna fuerza humana podrá aplacar el ardor desencadenado de ese fuego voraz que todo habrá de consumirlo, como candelada maldita.

Cerca de allí, extasiado en su obra de destrucción, fascinado por la llama ingente que es cual su propia y viviente imagen, Benito Churquiza comienza a reír burlonamente, primero pasito, como con sigilo, y luego tan alta y despreocupadamente que su risa se torna en grito agorero de la sombra. Todo parece haberlo olvidado ya, hasta la elemental idea de que el

resplandor rojizo lo está alumbrando a él mismo, delatándolo.

Pero su carcajada sardónica se troncha de pronto, porque un escopetazo certero la apaga para siempre.

---

## GRATIFICACION

El timbre sonó cuatro veces consecutivas, señal convenida para que el ayudante del contador apareciese ante el gerente.

Al oírlo, Isidro Chontales se levantó con lentitud, con el gesto cansino peculiar del individuo sedentario; se acomodó maquinalmente los anteojos; sacudióse algunas briznas de raspadura de papel que se habían adherido a las sobremangas de percal, y echó a andar despacio en dirección del despacho del jefe.

—¿Me llamó, don César? —inquirió con su frase ritual y cierta modulación servil, mientras permanecía de pie a respetuosa distancia del escritorio.

Como de costumbre, César Monteagudo, el gerente, tardó algunos minutos en contestar. Simulaba escribir febrilmente, y parecía no haberse percatado de la presencia del subalterno. Pero por fin cayó en la cuenta de que estaba allí, y fijándose en él con aire evidente de superioridad, ordenóle concisamente:

—Siéntese, Chontales.

El ayudante del contador se quedó un instante perplejo, sin saber cuál actitud adoptar. Era tan inusitada, imprevista e irreglamentaria aquella invitación, que por el momento creyó haber oído mal. Fue

preciso, pues, que el gerente repitiera la orden diciendo:

—¿Qué le ocurre? ¿Por qué no se sienta? ¿No hay un sillón ahí?

Cuando Isidro se hubo instalado, no sin cierto embarazo, en la ancha butaca que se le indicaba y que habían mullido las posaderas de los más diversos sujetos: agentes viajeros, funcionarios, cobradores de cuentas y de impuestos, solicitantes de anuncios para periódicos y radios, andarines, y toda esa fauna que suele desfilar por la gerencia de cualquier empresa, César Monteagudo adoptó de improviso tono solemne y le habló en estos términos:

—Lo llamé para manifestarle lo siguiente: la junta directiva se reunió anoche, y acordó, entre otras medidas, darle una gratificación especial a usted por la tarea extraordinaria que llevó a cabo con motivo de la visita del enviado de la superintendencia. Se trata de un trabajo excepcional, sin duda, y así lo ha hecho notar su mismo jefe inmediato.

—Los señores directores son muy bondadosos. . .  
—empezó a balbucir Isidro.

—Sí, —repitió el gerente sin dejarlo continuar, mientras sacaba de las gavetas una caja de finos cigarrillos—, ha hecho usted una labor de cuentas no solamente excepcional sino meritoria por la rapidez y corrección con que hubo de realizarla. Entiendo que

trabajó dos noches seguidas, hasta el amanecer. Eso, al menos, me informó el contador.

—Así fue, en efecto, don César. Pero quizás esto no tiene tanta importancia como le atribuyen. . .

—¡Vaya si la tiene, Chontales! La junta directiva lo reconoció así por unanimidad. Y me autorizó, en consecuencia, para señalarle una recompensa. Claro está que yo también, en mi condición de gerente, estoy en el deber de expresarle mi reconocimiento.

—No sé si lo merezco, don César— se excusó aún Isidro, confuso.

Monteagudo, efusivo y emocionado súbito, le estrechó la mano, ofreciéndole tras de breve vacilación un cigarro que el ayudante guardó como una reliquia.

—Ahora vamos al grano —continuó diciendo el gerente—: en uso de la facultad que se me ha dado, considero del caso gratificarlo con la suma de doscientos pesos. ¿Le parece bien, Chontales?

—Lo que usted decida está bien, don César— respondió Isidro, pensando en su modestísimo sueldo, y en lo bien que venía aquella cuña para su presupuesto doméstico, habitualmente en déficit.

La verdad es que no pudo disimular por completo la alegría que lo acometió y que quiso escaparse brevemente por el repentino brillo de los ojos y el arbol fugaz de las mejillas un tanto demacradas.

—Bueno: ahora que está enterado, puede retirarse. Daré órdenes oportunas para que se le entregue el dinero.

Isidro Chontales se levantó en silencio, hizo una torpe inclinación, y abandonó el despacho con cierto aire automático.

\*

\* \*

El corto trayecto de la oficina del gerente a su escritorio de empleado ayudante de contabilidad, lo recorrió como lo habría efectuado cualquier sonámbulo. Caminó pausado y absorto, sin pensar en nada por lo pronto. Cayó a plomo sobre el asiento, permaneciendo inmóvil un instante, y luego, fiel a sus inveterados principios de trabajador rutinario y mecánico, abrió el gran libro de cuentas y se puso a escribir como si nada hubiera ocurrido.

No pudo, sin embargo, concentrar la atención en la tarea. Como duendecillos malignos, en su mente saltaban y bailaban desordenadamente tres guarismos mágicos: 2-0-0. Y se combinaban de mil maneras, en juego fantástico y caprichoso que le llenaba la cabeza. Doscientos. ¡Doscientos pesos! Una cantidad igual a dos meses de sueldo, o de trabajo, pues tal era la remuneración que ganaba actualmente en la empresa.

¡Cuántas cosas se podía hacer con aquella suma redonda, que le venía en forma tan inesperada y providencial! ¡Cuántos proyectos cabía forjar con esos

doscientos patacones cuyo número y cuantía imaginaba de diversas maneras con cierta delectación morbosa: en billetes de a veinte pesos, de a diez pesos, de a cinco, y hasta en billetes de a peso, nuevos y relucientes, como los que lanzan a la circulación, recién sacados de las litografías.

Isidro Chontales comenzó enseguida a hacer cálculos más realistas, y hasta se entregó a imaginarias distribuciones movido más tarde por su condición generosa de hombre de familia ejemplar. Ante todo, y esto era lo esencial, equilibrar el maltrecho presupuesto casero. Luégo hacer algunas erogaciones para obsequiar a la mujer y comprarles golosinas o juguetes a los pequeños. Bien valía la pena darse semejante satisfacción cuando lo permitía tan imprevisto regalo de la suerte. También pensó Isidro, como varón prudente, en la posibilidad de llevar algunos centavos a la caja de ahorros.

La distancia de la oficina a su casa la recorrió lleno de optimismo, sintiéndose rejuvenecido, y tomando nota con cierto gozo pueril de las incontables y atractivas cosas que encierran los vientres transparentes de las vitrinas. En la primera tienda se detuvo un momento para comprar dos botellas de vino.

—Vienes alegre— dijo su mujer al verlo llegar, mientras su mirada se detenía con ávida curiosidad en el largo paquete.

Isidro le refirió cuanto había pasado; y como entraran a poco a trazar planes en compañía sobre el dinero que iba a recibir aquél, no tardaron en disputar, debido a que no se ponían de acuerdo en la distribución de los fondos.

—Bien —exclamó Isidro—, ya habrá tiempo de tratar esto despacio. Que venga el almuerzo, porque se me ha abierto el apetito.

Y aquel fue, en efecto, uno de los mejores almuerzos que enguyó el ayudante de contaduría, en su larga y meritoria vida de empleado.

\*

\* \*

Pasados ocho días, sin que a Isidro Chontales se le hiciera la menor alusión respecto de la recompensa, y sin que él, por su parte, se atreviera a recordar el asunto, el contador lo llamó una tarde a la hora de salir, para decirle:

—Antes de que se me olvide, Chontales: don César desea verlo mañana temprano en su despacho. No sé de qué se trata, pero me encargó advertirle que no pase por alto presentarse.

—Ah, desde luego. Es orden del jefe, y no lo olvidaré.

Se marchó pensando en que seguramente al siguiente día iba a recibir por fin el esperado y dichoso

cheque. Pero, ¿por qué no sabía nada el contador? ¿Era discreción de éste, o en verdad nada le había comunicado aún don César? Se tranquilizó recordando que un gerente es persona ocupadísima, llena de compromisos y obligaciones, y también de responsabilidades. ¡Cuánto negocio, cuánta preocupación, cuánto cuidado, cuánta ciencia, cabe en la privilegiada cabeza de un gerente! Y también, ¡cuántos detalles!

Las gentes superficiales imaginan que un gerente es un desocupado, o un personaje afortunado, que nada tiene qué hacer, porque se pasa las horas y los días sentado ante un escritorio, sin realizar nada aparentemente, fumando buenos cigarros, recibiendo visitas, hablando, dando órdenes, y a veces hasta con los pies subidos encima de la mesa. Error craso, y apreciación injusta e infundada. Cierito es que los puede haber, y hasta los hay, que nada hacen efectivamente, o que son nada más que figuras decorativas, o individuos privilegiados, o con suerte; pero parece que tales son las excepciones.

Por la mañana, a las diez, pues César Montegudo llegaba habitualmente tarde a su oficina, el ayudante entró en el despacho de éste, encontrándolo abismado en profunda meditación. Estaba tirado hacia atrás, contra el espaldar de la silla, y se entretenía en lanzar espesas y bonitas espirales de humo hacia el techo.

—¿Don César?

—¿Eh?— dijo enderezándose, y como si volviera en sí con ligero sobresalto.

—El contador me avisó que usted quería hablarme.

—Ah, sí, el contador; cómo no. Bueno: lo llamo para su asunto. Creo haberle dicho que se le iban a dar cien pesos.

—Doscientos, don César —rectificó tímidamente el ayudante.

—No puede ser. Quizás oyó usted mal. Esa cantidad no guardaría proporción con su sueldo. Por lo demás, sé bien lo que digo. Yo no me equivoco.

—Está bien, don César. Lo que usted disponga está bien.

—Puede retirarse, entonces. Ya dispondré lo conveniente.

No bien salió Isidro Chontales, el gerente se hundió en hondas reflexiones filosóficas relacionadas con la recompensa de su subalterno. Le parecía evidente que la suma ofrecida al principio resultaba excesiva para un servidor que devenga apenas cien pesos. ¿No podía contentarse, pues, con el equivalente de un sueldo? Por otra parte, su deber de administrador de aquella floreciente empresa le imponía la obligación de conciencia, de defender los intereses de la misma. Había que economizar, sí señor, y no derrochar los fondos. Cierito era que el servicio prestado por el ayudante fue oportuno y valioso, y de indiscutible impor-

tancia. Pero... ¿no se había dejado llevar demasiado lejos por la emoción y el sentimentalismo, en el primer momento? Ah, si los hombres reflexionaran con calma antes de tomar cualquier decisión, se evitarían sin duda muchos actos precipitados. Nada resulta bien en el calor de un arrebato.

Continuando su cavilación, César Monteagudo llegó a preguntarse seriamente si no resultaría aún excesiva una recompensa de cien pesos para Chontales. Tenía la impresión de que no era hombre de grandes necesidades, y mucho menos de apuros, pues jamás exigía ni reclamaba nada, y hasta parecía satisfecho con su suerte. Tal vez fuese persona ordenada y metódica, de esas que hacen prodigios de distribución con cualquier pequeño salario, y que acomodan su vida a las circunstancias, e incluso hacen economías.

Tocó el timbre, para llamar de nuevo al ayudante, a quien le manifestó sin preámbulos, tan pronto como compareció a su presencia:

—Oiga, Chontales: he resuelto definitivamente que la gratificación será de cincuenta pesos. Me parece que es suficiente y bastante. Dentro de una semana, que será fin de mes, le será entregado el dinero.

Isidro se inclinó, palideciendo, pero nada le respondió a su jefe. Tal vez tuvo el deseo de decir algo, de expresar su extrañeza. Acaso sintiera el repentino impulso de protestar contra todo aquello, que le pare-

cía farsa humillante. No por la cuantía de una suma ofrecida espontáneamente, pues no la había solicitado, sino por la forma en que se procedía y la manera como se le trataba. Mas su voluntad no contestó a la llamada del sentimiento.

En vano esperó, transcurridos los siete días, la entrega del prometido cheque. Nadie parecía acordarse ni pensar en la gratificación del ayudante. Y pasaron semanas, y meses, hasta que Chontales, persuadido de que todo no fue más que esperanza engañada, acabó también por no pensar más en el asunto.

¿Qué había ocurrido? ¿Por qué se jugó así con él, empleado viejo y ejemplar, cuya fanática adhesión y constante consagración a la empresa le debieron ganar, por lo menos, un poco de respeto? Lo cierto es que no se trataba de estos aspectos de la cuestión, por lo mismo que allí se le apreciaba en alto grado. Pero existía cierto complejo en el alma del ayudante, que le imprimía a su personalidad ostensible insignificancia y que acaso justificaba el concepto en que se le tenía de hombre apocado, nacido seguramente para la conformidad y la resignación más cristianas. Aparte lo dicho, el gerente había concluido por pensar que su subalterno no había hecho más que cumplir con su deber.

\*

\* \*

A la mujer de Isidro le fue más difícil aceptar el desvanecimiento de sus pequeños sueños económicos.

Injusta y acerba, le achacó a su pobre marido el fracaso de todo. ¡Doscientos pesos que se convirtieron en humo! ¡Halagadores proyectos abortados tan tristemente! Hasta lloró su desconsuelo, amargo y áspero como la realidad de su vida.

Una noche cualquiera, mucho tiempo después, buscando algún documento, Isidro encontró una cajita cerrada, atada con una cinta. Parecía olvidada en el fondo del armario. La abrió con curiosidad, y al ver su contenido suspiró melancólicamente. Recordaba de pronto una escena lejana, en el despacho del gerente de la empresa.

Entre la cajita yacía, cuidadosamente colocado, un fino cigarro. Pero tan viejo ya, y tan desvahido, que al tomarlo en los dedos se le deshizo en fino montoncito de polvo. Como su pobre y risueña ilusión de entonces.

---

## «MEDIOPOLLITO»

En aquel gallinero, donde para valer y tener importancia se requería contar por lo menos con un plumaje regular y cierta cantidad de carne, su posición era evidentemente triste y humilde. Porque nada de eso poseía el infeliz, y bien al contrario, tal pobreza y desmedro había en su figura, que de no inspirar risa hubiese movido a compasión a los otros volátiles del corral. Su cuerpo pelado y rojizo permitía adivinar los movimientos de la osamenta bajo la rugosa piel; el pico llevábalo torcido; uno de los ojos le lloriqueaba asiduamente; caminaba cojeando; y, para colmo de desgracias, tenía la voz singularmente desagradable.

Con tan grotesca figura, ¡calcúlese cómo sería la vida de "Mediopollito"! ¡Y cuál sería su posición social, cuando ni siquiera lo consideraban un pollito entero, como a los demás muchachos de su especie! En ese mundo gallináceo, lleno, como el de los hombres, de convenciones y prejuicios, vanidades y pasiones, su estampa lamentable lo condenaba tácitamente a ser un individuo inferior, un cualquiera, y algo peor aún: un paria. Todos lo menospreciaban, y suponiéndolo tonto se burlaban de él, y hasta abusaban de su condición dócil y servicial, para explotarlo sin piedad.

Porque, eso sí, "Mediopollito" era el **pizeo** para hacer los mandados y los oficios de baja categoría. Las esponjadas gallinas de alta alcurnia solían ocuparlo en toda clase de menesteres, lo que hacían con aire protector y condescendiente, cual si le dispensaran con ello señalada distinción. También los otros pollitos dignábanse tenerlo en cuenta, mas no para sus juegos, de los que lo excluían sistemáticamente, sino para que les sirviera de ordenanza, y en ocasiones de hazmerreír. Y en lo que tocaba con los capones, éstos sí que no se percataban siquiera de su humilde existencia, pues eran personajes muy entonados, que parecían vivir por las nubes y no respetaban y acataban sino el único gallo del gallinero.

"Mediopollito" lo sufría todo con infinita paciencia; su natural humildad inclinábalo a aceptar sin protestas tan triste destino. El día entero pasábalo trabajando, sirviendo. Se levantaba el primero, a la madrugada, antes de que el gallo cantase, y se acostaba el último, a poco de ponerse el sol. Para él no existía nada agradable: ni alegrías, ni caricias, ni siquiera agradecimiento. Cierta vez que notó que bajo la flaca pechuga le latía el corazón apresuradamente, en presencia de una hermosa polla, y hasta se atrevió a hacerle manifestaciones amorosas, tuvo que bajar enseguida la cabeza, avergonzado y mohíno, porque la doncella le contestó con despectivo cacareo, muy semejante a una carcajada.

¡Lo que le costó aquel intento erótico! Pues la mamá de la pollita, muy indignada, le propinó repetidos y rabiosos picotazos, a tiempo que le hacía saber que no estaba dispuesta a tolerar tan descabelladas pretensiones. Fuera de este inmerecido castigo, los pollitos que se enteraron del episodio lo atormentaron durante muchos días con pullas sarcásticas. Cuando lo veían, cantaban a coro:

**Ahí viene Mediopollito;  
Mediopollito está enamorado...**

Desistió, pues, por el resto de su vida, de todo propósito matrimonial.

\*  
\* \*

Los dueños del corral, un pobre labriego y su mujer, llevaban la rutinaria existencia que es de suponer en gentes de su clase. Todo su haber consistía en ese pequeño cortijo integrado por el rancho de paja, la sementera, la huerta y el chiquero donde engordaban un par de cerdos. La mujer atendía al yantar y al cuidado de las gallinas. El hombre, cuando no estaba en casa, cuidando y limpiando los sembrados, o iba al mercado del pueblo vecino, se metía por el monte en compañía del perro y con la escopeta colgada al hombro.

Invariablemente, por la mañana, la mujer entraba en el gallinero, a darles maíz a las aves. Con ademán ritual, iba esparciendo el grano sobre el piso, a tiempo que las convocaba para el alimento, con las acostumbradas voces. Pero, ¡cómo es la suerte, y cómo en todas partes parece estar presente el intransigente espíritu de las categorías y las castas! La dueña, sin proponérselo, sin deliberación acaso, lo dejaba siempre para lo último. Cuando llegaba a él, ya no tenía maíz en el mate. Apenas un deshecho, un polvillo; o algunos granos picados por el gorgojo, diminutos y endurcidos.

El único sér que no lo miraba con tanto desprecio parecía ser el perro; mas también es verdad que se trataba de un tipo medio retraído, orgulloso, más amigo de andar con el amo por el monte, o de permanecer tendido en el patio, a sol o a sombra, que de preocuparse por los demás. El gallinero era lo que menos parecía importarle, y hasta se hubiese creído que abrigaba la peor opinión respecto de la gente de corral.

Con todo, no se habría podido acusarlo de indolencia, o descuido, en lo que concernía a las cosas del cortijo, pues, y hecha salvedad de tal cual ocasión en que se quedara dormido, o estuviese enfermo, fueron no pocas las veces que su vigilancia oportuna evitó sucesos desgraciados, y pérdidas irreparables.

Cuando se hallaba de buen humor, permitía que "Mediopollito" se le acercara, y no se incomodaba si

el desvalido bípedo se acurrucaba junto a él. Si se sentía ahíto, porque el amo lo cuidaba bien, fingía olímpicamente no darse cuenta de que aquél aprovechaba con disimulo las escasas sobras del plato. Era un buen amigo, en fin, el tal perro; talvez el único que tenía y que no se burlaba de su miseria.

\*

\* \*

Al finalizar la semana, cierta noche temprano, todo el mundo se había recogido ya. Personas y animales. El día lo pasó el cortijero afuera, cazando; y cuando al atardecer regresó, venían tan cansados él y su perro, que se acostaron enseguida, sin probar bocado. La volatería del corral estaba ya en media noche. Pero no todos se entregaban al sueño, sin embargo, o por lo menos al sueño profundo y completo, pues "Mediopollito" apenas podía pegar el ojo sano, ya que el lacrimoso obstinábase en permanecer bien abierto.

Un nido de polvo, bajo ramas secas y entrecruzadas, le servía de lecho. Sus congéneres lo pasaban mejor, no en altos albergues como los que se estilan en los gallineros ricos y prósperos, pero sí con ciertas comodidades, pues los unos pernoctaban en varas puestas sobre horquetas, otros en los palos del cerco, no faltando quienes se acomodasen donde mejor podían: una rama caída, una piedra, cualquier trasto viejo. En lo que sí estaban todos de acuerdo era en dormir sobre una sola pata,

La obscuridad envolvía por completo el cortijo. Extraños rumores llegaban del monte, del camino que conducía al poblado, de la quebrada próxima que se deslizaba bajo largo palio de guaduales. Nada, sin embargo, permitía adivinar que la tragedia rondaba cerca del confiado corral.

Una hora escasa habría transcurrido, después de que todo quedó en profundo silencio, cuando "Medio-pollito" levantó la pelada cabeza sobresaltado, al percibir un ruido tenue y sospechoso. Aguzó el oído, para escuchar, mientras que con el único ojo útil trataba de escudriñar en las sombras circundantes. Sentía miedo, sí, pero el mismo temor le aguzaba el instinto. De pronto creyó distinguir una sombra furtiva que se movía cautelosamente; y le pareció enseguida que una segunda sombra la seguía. Imprevista ráfaga de aire trajo hasta él, cual amenazante mensaje, un olor acre e inconfundible.

Comprendiendo el peligro, salió de su precario refugio para emprender al punto la más desatentada carrera de que es capaz un pollo espantado. Cojeando, tropezando a ratos con piedras y palos, cayéndose y levantándose, iba por todo el corral en una especie de vuelta loca y continua, mientras su pobre pico torcido lanzaba sin cesar destemplados gritos de alarma.

El gallinero se alborotó con la alharaca; pero, ¿qué era que no aparecían por parte alguna los amos ni el perro? Entre la confusión general y el pánico rei-

nantes, las gallinas corrían aturridas cacareando, los pollos piaban lastimeramente, los capones se arremolinaban, torpes y cobardones. Solamente el gallo se disponía, erizando el plumaje y embocando el clarín de guerra, a hacerle frente al enemigo.

De repente, dejó de cantar. Entonces "Mediopollito", emprendiendo otra carrera vertiginosa, llegó hasta la caseta del perro, que dormía con sueño de piedra. Chilló estentóreamente, lo picoteó en las patas y en la cabeza, hasta que pudo despertarlo.

Tras de corta perplejidad, bien despabilado ya y con las orejas amusgadas, el perro se incorporó emitiendo poderoso ladrido. Desapareció luego en la sombra, aullante y colérico, mientras "Mediopollito" se esforzaba por seguirlo dando saltitos disparejos.

Pero se quedó rezagado. ¿Qué ocurría entre tanto en el corral, bajo la densa tiniebla de la noche? No pudo darse cuenta de nada, ni le quedó tiempo para ello, porque casi enseguida vio pasar junto a él, muy cerca, una masa oscura y veloz. Otra masa pasó después, como huyendo; se le vino encima, mejor dicho, lo mismo que irresistible alud, atropellándolo: mas no alcanzó a precisar qué era, porque un zarpazo feroz lo hizo rodar deshecho y sin vida.

Allí mismo lo encontraron al otro día, no bien abrió los ojos la mañana, con su humilde y triste figura desbaratada, que ahora embellecía una muerte he-

róica. Rodeando el cadáver, la pollada entera parecía contemplar con asombro, y entre mudos respuestas, los despojos sangrientos del infeliz compañero.

Fue así como "Mediopollito" pudo salvar, en aquella noche dramática, el asaltado y despavorido gallinero.



## EL NEGRO PORRONGO

Todos los sábados, antes del medio día, llegaba a nuestra casa, limpio y reluciente como calzado recién lustrado, y metido en su flamante vestido de dril que las manos de hábil planchadora dejaban como para estrenar otra vez. Venía siempre con los pies desnudos y lavados, el motoso cabello brillante por efecto de quién sabe qué misteriosas pomadas, y un enorme pañuelo rojo anudado coquetamente al cuello, sobre la escandalosa blancura de la camisa de percal.

Su llegada producía siempre sensación entre la gente menuda de la familia, que salía a su encuentro entre grandes exclamaciones y encantada por la expectativa de los silvestres regalos y de las estupendas historias que acostumbraba a traer y relatar.

—¡Llegó Porrongo! ¡Llegó Porrongo! —gritábamos todos en coro, mientras lo rodeábamos cual si fuese importante personaje y en són de darle la cariñosa bienvenida.

El repartía apretones de mano, con su manaza áspera y leal, tibia y quemada como las brasas apagadas, a tiempo que su enorme sonrisa infantil se desplegaba lo mismo que bandera al viento, dejando ver la dentura maravillosa. ¡Ah, esa dentadura ofuscante, que parecía hecha de pequeños aljófares, de diminutos

trozos de caña, tan blanca, tan pareja, tan atrayente, entre el estuche suntuoso de los labios gruesos y morados, que cuando sentía él alguna emoción se tornaban de color azul blanquecino!

Lo que mayormente me impresionaba eran sus manos, grandes y pesadas, con el dorso oscuro y tenuemente agrietado y la palma de tono más claro, que hacía pensar en el vientre de los batracios. ¿Por qué tenía Porrongo las manos y los pies así, con ese doble matiz que los asemejaba a ciertos reptiles y les daba tan rara apariencia patológica? Este fue un misterio que jamás pudo descifrar mi mente curiosa de muchacho.

Nos traía siempre frutas, frescas y jugosas; alfandoques y pepas de árbol del pan; envuelto de choclos y masatos. A veces nos traía también pajaritos, sartas de peces que coleaban aún, tortugas y monitos domesticados, orquídeas y azucenas de monte. La visión de esta fauna y flora nos hacía soñar y pensar en parajes de leyenda y milagro, poblados de cosas sorprendentes y animados por una vida extraña y misteriosa. ¿De dónde podía sacar Porrongo tantas curiosidades, que nos daban la impresión de ser asunto de magia?

A su lado, pues era alto y corpulento, nuestra niñez cobraba mayor puerilidad. Nos sentíamos más pequeños y débiles, lo que nos inducía a ver en él una especie de gigante protector y bondadoso, feliz de

comprobar en toda ocasión el afecto y confianza con que lo tratábamos.

—Haznos un pinino, Porrongo.

Nos levantaba uno por uno, como si fuésemos criaturas ingravidas, o livianas pajuelas; nos colocaba sobre la palma de la mano; y estirando el brazo hacia lo alto nos mantenía un rato en el aire, en peligroso equilibrio, mientras el chorro de su risa estruendosa coreaba los gritos de nuestro miedo y nerviosidad. Era una pequeña diversión emocionante, que nunca faltaba en el programa.

—Háznos volar, ahora.

Y nos cogía con la diestra por ambas manos, bien asidas, para hacernos voltear los suspensos cuerpos, girando él sobre sí mismo.

Otras veces nos hacía pruebas, o nos refería cuentos del monte y del río; narraciones vívidas y encantadoras, en las que la mayoría de los casos los protagonistas eran animales que hablaban como personas. Tenía la imaginación rica y fértil, y el lenguaje frondoso y pintoresco. Cuando quería hacer demostración de su fuerza, y del poder de su dentadura, tomaba en la boca un trozo de caña, en ocasiones sin quitarle la dura corteza, y tras de vertiginosa masticación lo lanzaba al aire triunfalmente, convertido en finísimo polvo,

\*

\* \*

Vecina de nosotros, en la casa contigua, vivía una familia con la que llevábamos antiguas y estrechas relaciones de amistad. No eran muchos sus miembros, pues se componía de los padres, dos hijas señoritas y un joven apenas adolescente. La mayor de las hijas podía tener unos veinte años, y poseía rara belleza. Se llamaba Cecilia. Siempre había sorprendido a todos que en tierra como aquella, ardiente y bañada por el sol, se diesen tipos como el suyo, propios más bien de regiones frías y templadas. Porque tenía la piel blanquísima, los ojos claros y verdosos, los cabellos castaños, casi bermejos.

Los chicos de la casa habíamos observado que Porrongo le ponía especial cuidado a su pobre indumento de campesino que viene a la ciudad. Notamos así mismo que reservaba siempre un pequeño paquete o envoltorio, cuyo contenido constituyó invariablemente para nosotros inexcrutable enigma.

—¿Qué traes ahí, Porrongo? ¿Por qué no nos muestras?

—No, mis blancos, no. Este es encargo aparte.

Si se veía muy apurado por nuestra curiosidad, acudía a pretextos e inventos para evadirnos. Y ya eran hojas medicinales para algún enfermo, ya una muestra de mineral para cualquier comerciante de la loca-

lidad, ya unos papeles que mandaban para algún funcionario.

Un día, casualmente, pudimos descubrir el misterio. Precavido y disimulado, Porrongo se iba a la casa vecina, donde seguramente tenía amistad también, y donde permanecía un rato de visita. Lo que logramos ver en aquella ocasión, y otras, fue cómo le entregaba a Cecilia el contenido del enigmático paquete, mientras permanecía de pie ante ella y le hablaba con tono singular de respeto. Nuestra amistad y confianza con esa familia nos permitía la entrada a cualquier hora, tanto más porque éramos muchachos. Averiguamos, pues, que eran también regalos; y hasta pudimos comprobar, con cierto sentimiento de celos, que tales obsequios eran mejores que los que traía para nosotros. Flores lindísimas, conchas de rosado nácar, frutas más sazonadas, pepitas de oro como lajas.

Resolvimos bromearle, sin comprender del todo tal preferencia. La primera vez que lo hicimos, vimos con sorpresa que su semblante cambiaba de color. No pudo disculparse bien, y nos dijo que se trataba de envíos que otras personas hacían por su conducto.

—Sí, mis blancos, yo los quiero mucho. No vayan a creer que no. Lo que les traigo es siempre lo mejor.

—Lo mejor es lo que le traes a Cecilia —insistíamos, tercios.

Pero él callaba, apenado y confuso por su propia mentira, y trataba de hablar de cosas distintas. Se comprendía que lo hacía sufrir ese tema. ¿Por qué?

Con el desfilar de los días, Porrongo se fue poniendo triste. Con frecuencia quedaba distraído, o contestaba con vaguedades. Su estruendosa y alegre risa iba siendo más rara, y menos espontánea. A pesar de todo, no dejó de venir, ni de traernos los acostumbrados presentes, ni de prestarse a nuestros infantiles caprichos.

\*

\* \*

Hacia algunas semanas se hablaba con insistencia en la ciudad, entre las amistades, del matrimonio de Cecilia con un conocido comerciante del lugar. En nuestra casa se comentaba el suceso, como era natural, y hasta se aseguraba que la ceremonia nupcial tendría ocurrencia en breve. Incluso se había hablado del esperado acontecimiento, en dos o tres ocasiones que Porrongo se hallaba presente, por sus habituales visitas.

Un sábado, —caso extraordinario—, dejó de venir. Lo extrañamos inmensamente. Nos apesadumbramos, porque nos hacía falta de veras y lo queríamos sin interés alguno. Pero el siguiente sábado, que fue precisamente el día señalado para el matrimonio de Cecilia, apareció como otras veces, más cargado de cosas que nunca.

—¡Llegó Porrongo! ¡Bravo! ¡Llegó Porrongo!  
—gritábamos, atronando la casa con nuestras regocijadas voces.

Ese día fue excepcional, y casi solemne, pues nuestro amigo se presentó más temprano y —asombroso detalle— metidos sus grandes pies en enormes zapatos de becerro. Lucía vistosa corbata, y de su boca desmesurada escapábase cierto tufillo aguardientoso.

—¡Viva Porrongo! —chillábamos, entusiasmados—. ¡Porrongo va a ser padrino de la boda!

Tan inocentes palabras parecieron afectarlo profundamente, porque se inmutó, y vimos brillar sus ojos con leve humedad, cual si padeciera. No volvimos a darle bromas aquel día. Y él, en cambio, y acaso para agradecerlo, hizo una recapitulación de cuentos, pruebas y juegos, que nos dejaron extenuados.

Como no perdimos detalle de la ceremonia, ni de la fiesta, tuvimos oportunidad de verlo a él también, entre la barra curiosa, y después en casa de la desposada, a la que fue a ofrecerle el contenido del misterioso paquete que llevara esa vez: una gran brazada de orquídeas blancas, extrañas y fragantes, que despertaron la admiración general.

—Gracias, Porrongo —dijo Cecilia, emocionada, dándole la mano con encantadora sencillez, a tiempo que él, demudado y silencioso, ensayaba una torpe venia de saludo.

Y no lo vimos más durante el resto de la jornada. Pero a la mañana siguiente, una dolorosa noticia circuló rápidamente por toda la ciudad: habían encontrado cerca de allí, en un remanso, y enredado entre una palizada del río, el cadáver de un hombre ahogado. Lo identificaron fácilmente, pues era muy conocido; y aunque desfigurado ya, el color de ébano de la piel, su corpulencia, los zapatos nuevos de becerro y la corbata vistosa no dejaron dudas sobre su personalidad.

¡Pobre Porrongo! Todavía recuerdo con emoción la expresión patética de su rostro infantil, donde un callado dolor, dolor de imposible, y una tristeza grande y oculta, delataban el humilde drama de su alma.

---

## EL INSPECTOR ORDUZ

El gendarme de turno entró en el Despacho casi arrastrando a un pobre y asustado sujeto, vestido con miseria, y cuyo aturdimiento era ostensible. Se le veía en los ojos la expresión del terror y del desconcierto, y su aire era tan sobresaltado que obligaba a pensar en esos animales de monte cogidos de improviso y traídos a la ciudad, en donde todo debe de parecerles un mundo fantástico.

—Suéltelo ya —dijo el jefe de la oficina, observando que el gendarme lo mantenía agarrado con fuerza por la muñeca, como si temiera aún que se le escapara.

Y agregó, con su habitual tono de investigador:

—¿Qué ocurre con ese hombre?

—Lo sorprendí robando frutas en el mercado —informó el gendarme cuadrándose en actitud militar, cual si diera un parte de guerra.

—Bien: déjelo para interrogarlo. Puede retirarse.

—A sus órdenes, Inspector Orduz —saludó el gendarme de nuevo, dando media vuelta automática.

MUNICIPAL  
SANTIAGO DE CALI

cedajo

2-16-53082

NI.

15668

Solo ya con el presunto reo, inició el cuestionario de rutina. Hablaba con voz imperiosa, breve, acosadora y conminatoria.

—¿Por qué robó?

—Tenía hambre, señor.

—¿Por qué no trabaja?

—No encuentro ocupación.

—Ah, es vago. Peor por ahí. Ratería y vagancia.

—Ofrecí mis servicios. Pero nadie quería recibirme. Como voy mal vestido, creen que soy ladrón.

—Se ve.

—¿Qué cosa, señor? ¿Que soy ladrón?

—No, hombre, ¡qué diablo! Que va mal vestido.

Hizo pausa el Inspector, y llamando en seguida al secretario dictó un auto breve, arbitrario y severo. En seguida, llamando de nuevo al gendarme, ordenó con sequedad:

—Ponga este individuo a disposición del Alcalde. Pagará quince días de arresto. Y que agradezca que no lo remita a la colonia penal.

—Pero señor, yo... —comenzó a balbucir el reo.

—Basta. Llévelo ya.

—A estas gentes —comentó a poco el Inspector, dirigiéndose a su secretario— hay que apretarles bien la tuerca. Son un gran peligro social. Además, los funcionarios de policía estamos aquí para velar por el conglomerado, y debemos ser inexorables.

Vaciló, como dudando sobre la propiedad del vocablo, y repitió luégo:

—Inexorables, eso es. Es decir, implacables, incommovibles, e inalterables. Solamente así se podrá acabar con esa plaga de pillos, auténtica especie canina de dos patas.

El Secretario se limitó a responder, socarrón y aquiescente:

—Sí, señor Inspector. Eso es así.

—Además, señor Secretario, no podemos perder de vista que nuestro deber consiste en ser escrupulosos hasta el extremo. No dejar sin sanción una sola falta. No permitir que se filtre un solo centavo. El que delinca, que pague. O se va a la cárcel, o consigna la multa del caso. A mí no me vengan con blanduras. La ley, señor Secretario; la ley por delante como un escudo. Y sobre todo, como le dije ya, mucho escrúpulo siempre. Pero hablemos de otros asuntos.

Abrió el cajón del escritorio, hondo y obscuro como antro, y revolvió con nerviosa mano su heterogéneo contenido: pistolas de diferente calibre, cuchillos, monedas, placas, algunos billetes de banco, papeles;

todo mezclado y confundido anárquicamente. Su diestra tocaba con cierta delectación aquellos objetos, acariciándolos, moviéndolos, examinándolos, mientras que sus ojos fulgían con brillo peculiar y evidentemente codicioso.

—Aquellos dos sujetos que vinieron ayer, ¿pagaron las multas?

—Han de venir hoy, señor Inspector.

—No los pierda de vista. Ni un minuto más de plazo. Si se retardan una hora, a la cárcel con ellos.

—Sí, señor Inspector.

—Es que estoy resuelto a continuar siendo severo con estos transgresores de la ley y del derecho ajeno. No quiero que se me pueda tachar por debilidad en el cumplimiento de mi obligación.

Posiblemente iba a seguir exponiendo sus severos e intransigentes puntos de vista, relacionados con la moral administrativa, y con la escrupulosidad que deben guardar los funcionarios, cuando lo interrumpió la intempestiva entrada de otro gendarme que conducía a una chiquilla del pueblo, desgañada y llorosa.

—La cogí —dijo el agente de seguridad— en flagrante delito de hurto. A una señora que estaba de compras en un almacén le escamoteó cinco centavos de unas vueltas.

El Inspector Orduz, casi sin mirar, hizo un ademán consternado.

—¡Oh, esto es desesperante! Bueno; que pague tres días de arresto en la correccional de mujeres. Y si reincide...

La criatura fue sacada de allí con cierta brusquedad por el gendarme, sin que hubiese podido siquiera abrir la boca para disculparse, tal era el terror que revelaba su rostro.

—Es desesperante de veras, señor Inspector —observó el Secretario, con tono de sorna y de desolación a la vez—. Con tantas minucias y quisicosas todos los días nos hacen perder un tiempo precioso.

—¡Minucias! ¡Quisicosas! ¿Qué dice usted? Pues sepa que cabalmente estas pequeñeces son las que debe perseguir un funcionario de conciencia. Ya le tengo dada mi opinión de que soy muy escrupuloso, y deseo ser muy escrupuloso. Nadie me sacará de esta regla.

—Sí, señor Inspector. Así es.

Por la tarde, dos días después, se presentó en el Despacho un personaje de arrogante facha, vestido flamantemente y con la faz iluminada por ancha y sugestiva sonrisa. Olía bien, fumaba un cigarro fino, y ostentaba en los dedos y en la corbata grandes y resplandecientes gemas. No se quitó el sombrero, pero el fun-

cionario se limitó a sonreír. Debe de ser peje gordo —pensó—. Y se dispuso a oír cosas interesantes.

Se trataba de un negocio cuantioso y obscuro. Uno de esos negocios misteriosos y sorprendentes, cuyas cuerdas y resortes solamente conocen los mismos interesados y quienes suelen ser víctimas de ellos. Ahora andaba de por medio un denuncia, con la consiguiente investigación y su secuela de intrigas y maquinaciones ocultas.

El personaje se explicó elocuentemente, a solas con el jefe de la oficina. Hizo un relato novelesco, un tanto patético; mencionó cifras impresionantes; puso de presente la pulcritud y legalidad de sus gestiones. Y no olvidó, aprovechando las estudiadas pausas, ofrecerle al Inspector un magnífico cigarro y exhibir algunos papeles demostrativos, para lo cual hubo de extraer del bolsillo la lujosa cartera, lo que puso a la vista una gruesa libreta de cheques y varios billetes de banco de subido valor.

Media hora más tarde el Inspector Orduz estaba perfectamente convencido de la veracidad del relato, y el pecho se le henchía de suave ternura y de arrolladora simpatía por aquel personaje que tan bien sabía exponer sus razones y defender su causa.

—Bien, caballero —manifestó con seriedad, y con acento de indudable conciliación—: me doy cuenta cabal de que el asunto en que lo han enredado y comprometido no tiene la gravedad que se le atribuye.

Acaso hay un mal entendimiento. En todo caso, digo, me parece, considero que su situación ante la ley ofrece aspectos favorables. Todo es que usted sepa presentar en debida forma las cosas.

—Oh, si es por abogados, o por dinero...

—Sí, ya sé que es usted hombre que no páramientes en esas pequeñeces del dinero, y que no regatearía tratándose de su propia defensa.

—Eso es.

—Lo que quiero darle a entender es sencillamente que yo soy un funcionario severo, pero razonable y justo. Y sobre todo, sépalo usted, muy escrupuloso. Tan escrupuloso soy que no permito que se quede sin su merecida sanción la infracción más leve. Quien delinque, expía. Otra cosa es que me sienta dispuesto a ser comprensivo y tolerante cuando se trata de asuntos de importancia, y también cuando están de por medio personas de categoría, dignas por lo tanto de consideración y deferencia.

El flamante sujeto se despidió muy satisfecho.

Poco después, jefe y secretario tuvieron misteriosa conferencia, en la que llegaron a las conclusiones más favorables. No era, por supuesto, la primera de esa clase que celebraban. Concluido el enigmático coloquio judicial, los dos funcionarios de policía remataron la cordial entrevista con este interesante dialogo:

—No tengo para qué repetirle, señor Secretario, que hay gran diferencia entre los pequeños asuntos y los grandes. Primero, porque estos últimos son más escasos, y aquéllos comunes y corrientes, y de todos los días. Y luégo, por la razón potísima de que lo que parece insignificante es lo que suele causar más daño a la larga.

—Siempre me ha parecido interesante su teoría, señor Inspector.

—Así pues, no vaya usted a pensar que me contradigo, ni que mis escrúpulos son para las cuestiones pequeñas nada más. Es cuestión de temperamento, y de principios. Por otra parte —añadió el Inspector sonriendo maliciosamente—, hay qué vivir amigo, hay qué saber vivir; y nadie ha dicho jamás que gentes como nosotros deben vivir metidas en un criterio estrecho.

—Sí, señor Inspector.

El Secretario se levantó, para dirigirse a su escritorio particular. Se puso a revolver expedientes e informativos, hizo algunos apuntes, consultó varias ordenanzas y acuerdos. Finalmente comenzó a silbar por lo bajo, y como en falsete, mientras cavilaba para él solo:

“No hay duda de que el Inspector Orduz es hombre interesante. Sabe muy bien dónde le aprieta el cinturón en cada emergencia. Y en cuanto a sus escrú-

pulos, ¡qué caray!, cada cuál los siente a su modo. A estos infelices que hurtan centavos, y roban frutas porque tienen hambre, se les debe apretar la tuerca, como dice él. Son un peligro social. Y debemos velar por el conglomerado, y ser inexorables. ¿A dónde nos iba a dar el agua, si nó?”

---

## HISTORIA DE GATOS

Esa tarde, casi anocheceía ya, Mayador abandonó la pobre vivienda de su ama, con el propósito de dar un corto paseo. Se sentía melancólico, decepcionado, empequeñecido. Y además de esto, famélico. El día había sido como muchos otros: largo, aburrido, de franciscana privación en la casa, porque ni la misma gente comiera. Para él, superfluo es decirlo, no hubo siquiera un triste hueso para engañar el hambre de la jornada.

La estampa de Mayador no era, ciertamente, la más propia para despertar admiración, y mucho menos ideas optimistas. Bajo la piel sucia y oscura, tenuemente arrugada, se percibía con facilidad la estructura de los huesos. Tenía los bigotes caídos, como los ánimos. Pero lo más impresionante de su desvalorizada figura eran, sin duda alguna, los ojos, agrandados y amarillentos como occídusos soles de invierno, y de expresión tan desolada que lo hacían parecer decrepito en plena juventud.

Porque Mayador era joven, pero ¡había vivido tanto ya! No en el tiempo, sino por la experiencia y el sufrimiento. A veces, en sus hambrientos ocios gatunos, tendido en cualquier rincón de la sórdida vivienda de su ama, se complacía en evocar las épocas

pasadas, cuando todavía no había venido tan a menos, y le era permitido levantar la cabeza con arrogancia, porque su figura nada ofrecía de repulsiva, como ahora, y estaba libre por completo de preocupaciones alimenticias.

Como se sentía débil, le fue indispensable ensayar hasta cuatro saltos heroicos para encaramarse al tejado. Pero al fin estaba allí, en su mundo, bajo la media luz del crepúsculo que pintaba los techos y los árboles con tonos indecisos y oboscuros. Miró hacia el cielo más por costumbre que por anhelo espiritual, y pensó que pronto sería de noche, y hasta fuese posible que asomara su cara redonda la callada confidente de los amantes románticos.

¿Qué hora será? —pensó—. Pero, ¿qué le importaba el tiempo? Esta es preocupación de los hombres, que hallan cierto placer doliente en acordarse de la muerte, y anhelan ser inmortales. Para un gato la vida no es el tiempo: es la vida misma, pero gozada con intensidad, soboreada, bebida gota a gota con la fruición del bebedor sabio y consciente. Por eso no siente afán, sino que espera con ejemplar sosiego el paso de los acontecimientos, muellemente inclinado sobre los cojines de su pereza filosófica.

Se sumió en hondas meditaciones sobre el presente; pero lo sacó de ellas, de improviso, la queja dulce y zalamera de alguien que debía estar por allí cerca. Sus ojos nictálopes descubrieron casi enseguida,

como graciosa aparición entre la invasora sombra, la flexible y ondulante figura de una hermosa gata. Blanca y lustrosa la piel, los ojos verdes y brillantes, el hocico impregnado de roja humedad, las uñas rosadas. Un soberbio ejemplar, en fin, de belleza felina.

Al ver a Mayador, o la silueta de éste mejor dicho, se detuvo indecisa, iniciando luego un movimiento de retirada. Su pudor doncellil la hacía olfatear el peligro. Pero permaneció en su sitio, al oír que aquél le decía con melífluo susurro:

—No tema, jovencita. Soy un gato serio y honorable. Salí a tomar el fresco, ¿y usted?

La verdad es que Zalemita no hubiera podido explicar con seguridad lo que la indujo a dejar su casa a tales horas. Talvez la curiosidad, o algún impreciso anhelo, o el confuso instinto de la especie. Mintió, pues, cuando respondió:

—Iba de paso. Estuve a visitar a una amiga, y me sorprendió la noche afuera. Por cierto que estoy un poco temerosa.

Mientras dialogaban, Mayador sostenía tremenda lucha entre su deseo de acercarse y su vanidad de gato joven pero que se avergüenza de su figura. Replicó, pues, conservando la distancia, y con persuasivo acento:

—¿Por qué ha de temer? Pronto saldrá la luna. Además, es temprano aún,

—Pero soy hija de familia. Debo guardar las conveniencias.

—Comprendo. ¿Cómo se llama usted?

—Zalemita. ¿Y usted, caballero?

—Mi nombre es Mayador. No la había visto por aquí. ¡Y qué joven es!

—Mi ama me cela mucho. Fue casualidad que saliera.

—Con razón —opinó Mayador, galante—: ¡es tan hermosa!

—¡Por Dios, caballero! Nunca me habían dicho tales cosas.

La turbación de Zalemita le infundió ánimo y brío a su interlocutor. Se aproximó resuelto, olvidando su mísera estampa de gato mal alimentado, poseído todo él de pronto de un amoroso anhelo. Y a la vera ya de la confundida Zalemita, comenzó, como en sus mejores tiempos de romance, a hablarle con voz apasionada. ¡Qué poca vibración había en su acento, sin embargo; y qué escaso fuego en sus ojos!

A medida que hablaba, Zalemita mirábalo al soslayo, con curiosidad e interés al principio, sorprendida y desilusionada después, cuando se iba percatando de la flacura y desgarmo de Mayador. Se puso nerviosa, y una fuerte inquietud la fue acometiendo.

No se sabe en qué preciso instante ocurrió la cosa: pero el hecho es que estaba aquél tan embebido en

su discurso, tan absorto en su erótica elocuencia, que momentos después, cualquier semejante que hubiera pasado por allí lo habría tomado seguramente por un gato loco. Por un gato que habla solo, o le gusta el monólogo. Zalemita había desaparecido.

Mayador no se inmutó. Encogióse flemáticamente de hombros, y se marchó, meneando la cola.

\*

\* \*

Los siguientes días subió invariablemente al tejado, al anochecer. No podía borrar de su memoria el dulce recuerdo de Zalemita. Sus verdes pupilas, su piel nívea y lustrosa, su rojo y húmedo hociquito. . . ¿Por qué era la vida tan absurda, y el destino tan injusto y cruel, que prendían amor en su pecho y lo condenaban a la ausencia? ¿Por qué le daban tan apasionado corazón, a la vez que tan repulsiva y ruín estampa?

A pesar de todo, su esperanza florecía como los campos en primavera, levantando con terquedad patética la pobre cabeza ilusionada. Y se consolaba pensando que mañana podía ser, que Zalemita era tan joven y seguramente tan tímida, que acaso tras de aquellos padecimientos vendría, una cualquiera de esas noche de espera y de ansiedad, la soñada dicha. . .

Y llegó al fin, como su corazón lo deseaba. La volvió a ver, efectivamente, no ya tan temprano por

supuesto, sino más tarde, bajo un vasto silencio hecho de estrellas y soledad. Hundido en su sueño, se había quedado en el tejado mayor tiempo que el de costumbre, cuando sintió un rumor extraño y sugestivo, procedente de una chimenea próxima.

Estremecido, batiéndole el corazón como un parche, hundió la vista en la obscuridad, a tiempo que aguzaba el oído para percibir los mínimos ruidos. Lo que vio y escuchó enseguida, ¡pobre Mayador!, le llenó el espíritu de desolación y de muerte. Junto a la hermosa Zalemita, un gato soberbio, de magnífica catadura, la arrullaba con sus caricias susurrantes.

—¡Te amo, Zalemita! —mayaba tiernamente el gatazo.

—¡Te adoro, Gatuperio! —suspiraba y gemía, desfallecida de pasión, la ingrata y fementida.

Y un runruneo feliz de besos incensaba la noche.

Ante aquella revelación, Mayador se encogió todo lo más que pudo, para no ser notado. Pero un frío glacial le llenaba las venas. Mientras se deslizaba silencioso, de regreso a su albergue sin alegría, iba cavilando sobre la condición gatuna femenina, tan falsa, tan coqueta, tan superficial y tan frívola. ¡Ah, las gatas, las gatas! ¡Hembras al fin!

Pero, después de todo, ¿no era mejor su tranquilidad? Seguiría viviendo pobre y hambriento, sí señor. Pobre y famélico, pero tranquilo y sin problemas. Y sin desagradables sorpresas.

## CUENTO ABSURDO

Emeterio Pardo se levantó esa mañana decididamente dispuesto a ser sincero con él mismo y con los demás, y a decir con toda llaneza lo que pensare. ¿No es indignidad y cobardía —se dijo— vivir en permanente simulación, aparentando lo que no se es, hablando lo contrario de lo que se piensa, desempeñando, en fin, el triste papel del perfecto histrión empeñado en hacer de la vida la más grotesca de las farsas?

Comprendía muy bien que el propósito que se había formado era de ardua realización, de atrevido espíritu, y sobre todo, de loca y disparatada ocurrencia. Se daba a sí mismo cuenta cabal de que la cosa resultaría tan absurda como si se propusiese caminar sobre la cabeza o imponer la tesis de que la luz es la obscuridad, y a la inversa. Fuera de esto, iba a correr con seguridad el peligro de que lo tomaran por persona desequilibrada, o por lo menos por sujeto estrafalario y excéntrico.

Pero su determinación estaba tomada, y no daría paso atrás. No, no era posible que siguiera representando un día más aquella comedia vergonzosa, impropia del hombre que se respeta y de su categoría de criatura racional. Que continuaran los demás mintiendo, aparentando, usando su máscara cotidiana, ocul-

tando la verdad y escamoteando la esencia de sus almas como si fuese lacra o estigma humillante. El, Emeterio Pardo, sería en adelante Emeterio Pardo y nadie más. Sería lo que era realmente, con sus virtudes y sus vicios, con sus cualidades y sus defectos, con sus naturalidades y sus manías. Todo, menos ese personaje ficticio, ruín y pusilámine, que lo venía suplantando hasta entonces, que como cualquier impostor lo sustituía, que usurpaba su personalidad para hacerlo aparecer como distinto sujeto, él mismo en apariencia pero otro muy diferente en el fondo, puesto que lo hacía hablar y proceder diferentemente de cuanto pensaba y sentía.

¡Afuera, afuera, pues, con ese farsante, entrometido y audaz, hipócrita y cínico, instalado en su fuero interno como cualquier dictador, y apersonado allí lo mismo que el intruso que logró imponerse en casa ajena! No iba a soportar un momento más su tiranía, pesare a quien pesare y sucediere lo que sucediere, porque estaba ahíto de falsos tutores y de mentorías de la laya, tan perniciosas como ignominiosas para él.

Concluía ya de vestirse, tras del baño habitual, cuando entró en el aposento su mujer, dama de treinta y cinco años cumplidos, y de robustez que acentuaba flamante y tornasolada kimona. No bien la vio Emeterio, exclamó sin el adorno convencional de su acostumbrada sonrisa:

—¡Hola, Petronila! Parece que engordas demasiado. Te noto, además, algo de mal color.

Ella respondió, sorprendida y confusa:

—Siempre me has llamado Nila, sencillamente. ¿Qué te pasa hoy? Y en cuanto a la escasez de carnes que echas de menos, me extraña que apenas ahora lo adviertas.

—No lo dije con intención de polémica. Comprenderás que todos los días no se puede estar de idéntico humor. Por otra parte, nuestros varios años de matrimonio, sin tener hijos, dicho sea de paso, supongo que me autorizan para tratarte con alguna confianza.

—¡Sin tener hijos! Bien sabes cuánto los he deseado.

Hizo una penosa pausa, y agregó luégo:

—Claro que debes tratarme con confianza. ¡No faltaba más! Pero eso no obsta, Emeterio, para que, como siempre, procures decirme las cosas en forma agradable.

Emeterio tomó su habitual desayuno de café con leche, pan con mantequilla y huevos con jamón, precedido todo por un gran vaso de zumo de naranjas, y se lanzó enseguida a la calle. El alimento le infundió nuevos bríos para mantener su enérgica resolución de ser en lo sucesivo hombre sincero y absolutamente fiel

a sus pensamientos. Ahora se sentía un nuevo sér; parecíale que el individuo que fuera hasta ayer nada más había dejado de existir por completo, que una personalidad acabada de nacer se metía triunfante entre su naturaleza física y moral, proclamando allí un orden de cosas enteramente diferente.

Y con tal espíritu comenzó a mirar el espectáculo circundante, y a ver a quienes desfilaban a su lado, y a apreciar cuanto en torno suyo sucedía. Su reciente mentalidad permitíale, si no percibirlo con los sentidos externos, adivinar y comprender en cambio el drama que los demás iban representando. ¡Cuánta mentira en aquel rostro! ¡Cuánta simulación en esas palabras que pronunciara el caballero que acababa de pasar! ¡Cuánta farsa en esta sonrisa de la mujer que saludaba al amigo o a la amiga transeúnte!

Lo detuvo de improviso un señor que venía en dirección contraria, y que, a juzgar por la expresión que tomó su semblante, debía de ser por lo menos muy conocido con Emeterio.

—¡Hola! buenos días! ¿Qué tal? Encantado de verte.

Hizo el amago de abrazarlo, pero Emeterio lo contuvo con parsimonioso gesto.

—La verdad es que no me ocurre lo mismo, Jerónimo. Casi todos los días te veo, y para mí la cosa no tiene ninguna novedad. Otra cuestión es que tú te muestras siempre muy efusivo.

—Porque lo siento así, hombre —replicó Jerónimo, desconcertado—. Si nunca lo has extrañado, ¿por qué te asombra hoy?

—No es que me asombre, sino que ahora te veo como eres en realidad y como yo mismo debo verte. Estoy seguro de que tú nunca me has visto como soy.

—Bromeas.

—No. Lo que ocurre es que he decidido mandar al diablo toda simulación. Y reírme en las barbas de los demás, de sus propias mentiras. Tú, y yo, y el sujeto que pasa, no hemos vivido más que de ficciones, de engaño y de farsa. Engañamos a los otros, y pretendemos engañarnos. Somos actores permanentes en la tragicomedia que se representa, no en el tinglado artificial de la escena, sino en el teatro real de la vida.

—Pero, ¿estás loco?

—Si por locura entiendes la sinceridad y la verdad, convengo en que sí. Tú convendrás, en cambio, en que eres un hombre cuerdo porque vives en la mentira. En la simulación de tus actos de todos los días.

—Basta, basta. Volveremos a hablar cuando te hayas serenado.

—Dí mejor, cuando resuelvas tú arrojar la máscara.

\*

\* \*

No había recorrido aún Emeterio cien metros cuando tropezó, casi brutalmente, con una señora que en tal momento se apartaba de una vitrina. La dicha matrona, corpulenta y añosa, y sobre todo muy locuaz, hizo un movimiento tan imprevisto y brusco para continuar su camino, que, sin quererlo por supuesto, pisó fuertemente uno de los pies de Emeterio. Y para colmo de conflicto, resultó que eran también conocidos entre sí.

—¡Oh, mil perdones, señor Pardo! —se disculpó ella con melíflua voz.

—Podía usted tener más cuidado, señora —dijo Emeterio, a tiempo que su cara se contraía con manifiesta mueca de dolor.

—Pero... ¡caballero! —exclamó la dama, estupefacta—. No tuve intención alguna... Además, le he pedido excusas...

—En casos como éste, las excusas siempre resultan cómodas. Lo que sí no resulta cómodo es sufrir el dolor.

La dama le volvió majestuosamente la espalda, y siguió su marcha, mientras el lesionado la veía alejarse lleno todavía de indignación y casi arrepentido de no haber sido más explícito aún y más contundente en

sus palabras. ¡Ah, con cuánto gusto y satisfacción le hubiera hecho saber la opinión personal que tenía sobre su personalidad de mujer locuaz y vanidosa, con tendencias a la obesidad y a una creciente impertinencia! ¿Conque estaba esperando que, fiel a la rutina hipócrita y a las convenciones taimadas, se inclinara galantemente para decirle con lisonjero acento que aquel pisotón feroz no tenía importancia, y era cosa insignificante? Con seguridad que hasta había aguardado que le diera las gracias y se sintiese reconocido.

Iba ya a alejarse de allí cuando lo detuvo de nuevo la voz abaritonada y pastosa de otro personaje, vestido con estrepitosa elegancia, oloroso a finas esencias y a tabaco caro, quien, llegándose a él con cierto ímpetu efusivo, le sacudió vigorosamente la diestra.

—Mi querido Emeterio. Pero, ¿qué es lo que te haces? Tántos días sin verte, hombre. Es imperdonable. Supongo que leerías, si fue que no lo escuchaste por radio, mi último discurso político. ¿Cómo te pareció? Dímelo con franqueza de amigo.

—Con franqueza de amigo te lo diré, Jacinto. Ni lo oí, ni he pensado en leerlo.

—¡Bah! No te ha de faltar un rato disponible.

—No es tiempo lo que me falta: es interés. Tú no te has dado cuenta de que eres tan mal orador como político. Tus discursos son lugares comunes, majaderías, ruido de hojarascas reseca. Y como hombre público eres el más perfecto Pacheco.

—Tenías de mí otra opinión hasta hace poco —objetó entre sonriente y pálido Jacinto Barriga—. Y contigo han estado siempre de acuerdo todos nuestros amigos y los periódicos del partido.

—He reconocido mi error, y he rectificado. Y como no tengo interés alguno en adularte, porque nada necesito, ni espero de tí. . .

—Lo que no empece para que esté dispuesto a servirte siempre.

—Conozco el valor de las palabras. Y algo mejor todavía: conozco el valor de las palabras de los políticos. Sobre ellas se funda toda la armazón de su propia farsa.

—Te has vuelto escéptico, Emeterio.

—Lo que me he vuelto es hombre sincero. Hombre que odia la mentira, y que se aburrió de continuar fingiendo en la vida social un papel que no es ni ha sido jamás el suyo.

\*

\* \*

Reanudando su marcha, pensaba Emeterio que acaso no tuviese más encuentros aquella mañana. Pronto llegaría a su oficina, por otra parte. Tenía la conciencia de que comenzaba a cumplir bien su nuevo programa, a ser fiel con él mismo, a mostrarse tal como era en realidad. La empresa no le parecía sencilla, por cierto, por lo desagradable y áspera. Pero,

¿quién dijo nunca que la verdad es grata y aterciope-  
lada? ¿Cuándo fue persona deseable y atractiva un  
hombre sincero, para el común de las gentes?

Un incidente más lo esperaba, sin embargo, casi  
ya poniendo los pies sobre el umbral de su oficina. De  
pies también en el andén, una mujer joven y bien ata-  
viada parecía aguardarlo. Cabe decir, joven, para evi-  
tar injustas equivocaciones, pues su edad era indefini-  
ble. El lujo que la envolvía, la remozaba vigorosamen-  
te, en cambio.

—¡Por Dios, Emeterio! ¿Se le pegaron esta ma-  
ñana las cobijas?

—Usted dirá por qué, respetable amiga.

—¡Respetable! Lo dice usted con un tono...  
—anotó ella con voz y gestos almibarados de melin-  
dres—. Hace buen rato estoy aquí, en espera de us-  
ted, por no atediarle allí dentro en su despacho.

—Lo hubiera hecho mejor. A su edad es fácil  
coger una afección de los riñones, permaneciendo mu-  
cho tiempo de pie.

—Amaneció galante Emeterio. Bien sabe usted  
que soy joven aún y que poseo algunos atractivos.

—Sin duda, señora. Pero no seré yo quien se los  
cante.

Enrojeciendo súbito, la dama farfulló algunas pa-  
labras más, y se marchó con el aire de las princesas  
ofendidas. Emeterio, entretanto, penetró en su despa-

cho, y sin saludar, porque no sentía deseo de hacerlo, comenzó a trabajar como de costumbre. Esa mañana el personal subalterno no pudo reconocerlo. Conster-nados y atónitos, los empleados hubieron de comprobar que se hallaban bajo la autoridad de otro jefe: el mismo, sin duda, pero **otro**. Les hablaba ahora con ruda y brutal franqueza, sin rodeos, sin eufemismo, sin cortesía casi. Sus palabras eran precisas, crudas; sus opiniones contundentes, frías, implacables. Parecía haber perdido toda sensibilidad, así como todo tacto y sentimiento de tolerancia. Y a pesar de ello, nadie hubiera podido quejarse de injusticia, porque comprendían bien que cuanto decía era la verdad, expuesta con cruel simplicidad y con sinceridad aplastante.

\*

\* \*

Días, semanas, incluso meses duró la tremenda reacción de Emeterio Pardo contra la odiosa simulación y la despreciable farsa en que consideraba ennegada a la humanidad. Se sentía satisfecho, aliviado, levantado hasta cierto punto sobre el rasero común de las gentes empeñadas en seguir viviendo en tan ominosa condición. Casi llegó a pensar que era hombre superior, encarado a todos, y erguido en valiente pugna contra la que parecía ser ley humana, y estatuto social, y culto ecuménico.

Se le llegó a tener por varón inexorable, por extraordinaria criatura sin par, debido a su nueva índole,

y también como el sujeto más a propósito para encarnar lo antisocial, lo señero.

Pronto hubo de notar Emeterio que la gente eludía su trato, y si bien lo respetaba y acataba como a símbolo de la verdad simple y sin velos, procuraba también alejarse de él, tal cual si fuese una conciencia acusadora. Hasta lo temían incluso. Acabó por ser tan desagradable su presencia como sus palabras desnudas, saturadas de esa odiosa verdad que todos reconocían pero que nadie quería aceptar sin ropajes y adornos.

Fue entonces cuando Emeterio Pardo empezó a comprender de veras a sus semejantes, y a darse cuenta precisa de que dicha verdad, adusta y feral como la cara misma de la muerte, tiene tan ofuscante resplandor, y tan terrible y glacial expresión, que no sin razón la mitología quiso esconderla como a deidad misteriosa, y prohibir su presencia y su vista a los mortales, so pena de perecer.

Lo esquivaban, sí, y lo rehuían por instinto. Nadie quería tratos con él, ni acercamiento, ni diálogo. Era el hombre desagradable y odioso que se complacía en mostrar los ajenos defectos, en hacer resaltar las debilidades de los otros, en no comprender las miserias de los demás, ni la razón de sus pobres vanidades, ilusiones y angustias. El hombre inhumano, en una palabra, porque renegaba de sí mismo y de su propia esencia.

No pudo más al fin. Aquella carga abrumadora de la verdad, esa luz cegadora de su sinceridad que llevaba ante él como ostentoso faro, lo apartaban tan espantosamente de sus congéneres, que no tardó en darse cuenta de que se hallaba solo. Solo y aislado en el mundo, como mínima isla en medio del infinito océano; como parpadeante llama entre vasta oscuridad; como voz débil y sin eco en el desierto silencioso.

Así, cuando una mañana, como todos los días, la mujer de Emeterio entró en el aposento, tímida y recelosa, pero resignada, hubo de experimentar enorme sorpresa oyendo a aquél que le decía:

—¡Hola, Nila! Buenos días, querida. Te noto hoy fresca y lozana como la flor recién abierta. ¡Y qué bien te queda esa kimona! ¿Es nueva?

—No —respondió ella atónita—; la he usado ya mucho tiempo; pero como no la veías. . .

—No la veía, sí; mas ahora he vuelto a ver como antes. Acércate y dame un beso. ¡Qué hermosa estás!

—¡Embustero! ¡Farsante!

—Si lo que te digo es muy cierto. Es la verdad, querida Nila. La mentira es la otra: la que nos hace tristes; la que nos hace infelices y desgraciados, porque no sabemos comprendernos.

---

FIN



## INDICE

	Págs.
Canpos con sed .....	9
Hijo de bebedor .....	30
El retrato de la otra .....	40
El puente .....	48
El general .....	57
Intruso .....	65
Guapeza .....	78
Destino .....	85
Venganza .....	93
Gratificación .....	102
“Mediopollito” .....	113
El negro Porrongo .....	121
El Inspector Orduz .....	129
Historia de gatos .....	138
Cuento absurdo .....	144



ESTA OBRA SE ACABO DE IMPRIMIR  
EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL  
SANTA FE, DE BOGOTA - COLOMBIA  
EL DIA DIEZ DE JULIO DE MIL  
NOVECIENTOS CINCUENTA Y OCHO.







Secretaria de Cultura y Turismo

RBPC - Cali



**106432**

EDITORIAL SANTAFE — BOGOTA